

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



Cincuentenario de la consagración de España al Corazón Inmaculado de María

Crónica de la
consagración
de 1954

Antecedentes
históricos de
la consagración

Significado de
la consagración
según
Juan Pablo II

Conmemoración
de los 60 años
de «Cristiandad»



Año LXI- Núm. 874
Mayo 2004

«Al final mi Corazón Inmaculado triunfará.»

Sumario

Crónica de la consagración <i>Álvaro Cárdenas Delgado, pbro.</i>	3
Fórmula de consagración leída por el Jefe del Estado	5
Radiomensaje de S.S. Pío XII	6
Antecedentes históricos de la consagración de España al Corazón Inmaculado de María <i>Jorge Pueyo</i>	8
Acercarse, mediante la intercesión de la Madre a la misma Fuente de la Vida <i>Álvaro Cárdenas Delgado, pbro.</i>	11
Consagración, conversión y penitencia <i>Mari Carmen Navarro y Francisco Javier Díez</i>	13
La penitencia, camino hacia la paz <i>M^a Victoria Pueyo y Martín Pilat</i>	16
Juan Pablo II, el papa mariano <i>Sonsoles Colado</i>	18
El cardenal Wyszynski, la consagración de Polonia a María en 1956 y su significado. <i>Miquel Bordas</i>	23
El Papa pone en manos de María el mundo azotado por la violencia	27
La consagración del mundo a la Virgen por Juan Pablo II <i>Monseñor Tarcisio Bertone</i>	28
Consagración de todos los hombres y pueblos al Corazón Inmaculado de María	29
Para una renovación de la consagración de España al Corazón Inmaculado de María	30
Los 25 años de pontificado de Juan Pablo II y la devoción al Corazón de Jesús (y IV) <i>Ignacio M^a Azcoaga Bengoechea</i>	32
Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús (XIII) <i>José Javier Echave-Sustaeta</i>	35
Crónica de la conmemoración de los sesenta años de «Cristiandad» <i>José M^a Romero Baró</i>	41
Homilía del padre Pedro Suñer, S.I.	42
La perenne actualidad de la revista «Cristiandad». <i>José M^a Petit Sullá</i>	44
Sólo la acción de la mano de Dios justifica este éxito <i>Josep M. Mundet i Gifre</i>	47

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2^a
Tel. y Fax 93 317 47 33
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@telefonica.net

Imprime: Fundación Ramón Orlandis - D.L.: B-15860-58

RAZÓN DEL NÚMERO

EL próximo mes de octubre se cumplirá el cincuenta aniversario de la consagración de España al Corazón Inmaculado de María, y con tal motivo CRISTIANDAD dedica este número a recordar aquella efemérides, que fue la culminación de un numerosísimo conjunto de actos marianos que por toda la geografía española se habían realizado con ocasión del Año Mariano que Pío XII había declarado para toda la Iglesia al cumplirse los cien años de la proclamación del dogma del Inmaculada Concepción.

El acto, realizado en la clausura del Congreso Mariano que tuvo lugar en Zaragoza del 7 al 11 de octubre de 1954, se celebró con gran solemnidad; estuvieron presentes la práctica totalidad del episcopado español, junto con numerosísimo pueblo fiel, y leyó la consagración el jefe del Estado. En el radiomensaje que envió Pío XII evocó como precedente la consagración de España al Corazón de Jesús realizada en el Cerro de los Ángeles en el año 1919 y la actualidad y oportunidad de esta nueva consagración: «Nos creemos que hoy más que nunca, precisamente porque las nubes cargan sobre el horizonte, precisamente porque en algunos momentos se diría que las tinieblas van borrando aún más los caminos, precisamente porque la audacia de los ministros del averno parece que aumenta más y más, precisamente por eso, creemos que la humanidad entera debe correr a este puerto de salvación, debe refugiarse en esta fortaleza, debe confiar en este Corazón dulcísimo que para salvarnos pide solamente oración y penitencia».

Al cumplirse los cincuenta años de aquella consagración hay que dar gracias a Dios por los beneficios que sin duda se siguieron de ella, muchos de ellos sólo conocidos por Dios pero otros muchos patentes para quien recuerde la vida religiosa de España de aquellos años. Alentados por el ejemplo de Juan Pablo II que, «respondiendo a lo que había pedido Nuestra Señora en Fátima», confió a la humanidad al Corazón Inmaculado de María el 25 de marzo de 1984, los redactores de CRISTIANDAD se unen a la petición que numerosas asociaciones y movimientos apostólicos han dirigido al cardenal presidente de la Conferencia Episcopal Española solicitando la renovación de la Consagración de España al Corazón Inmaculado de María, con la confianza en que en esta hora mariana de la Iglesia y del mundo la Santísima Virgen María prepara, como afirmaba san Luis María Grignon de Monfort, de forma misteriosa pero real los corazones humanos para el establecimiento del Reinado de su Hijo.

Queremos agradecer a los miembros y amigos del movimiento «Familias de Nazaret» la colaboración fervorosa y entusiasta que ha hecho posible dedicar este número a conmemorar dicha efemérides y promover la renovación de dicha consagración.

NOTA DE LA REDACCIÓN

La abundancia y la riqueza de contenido de los originales para este número dedicado a la consagración de España al Inmaculado Corazón de María nos obliga a prescindir de nuestras habituales secciones fijas, que reanudaremos, D.m., en el próximo número.

Crónica de la consagración

ÁLVARO CÁRDENAS DELGADO, pbro.



El Congreso Mariano Nacional

LA consagración de España al Inmaculado Corazón de María fue precedida por el Congreso Mariano Nacional, celebrado en Zaragoza del 7 al 11 de octubre de 1954, para conmemorar los cien años de la definición dogmática de la Concepción Inmaculada de María.

El Congreso había sido convocado por el arzobispo de Zaragoza el 2 de enero de 1954 con una exhortación pastoral, firmada por el presidente y el secretario de la Conferencia de Metropolitanos y por el mismo señor arzobispo a quien la ejecución había sido confiada. Sin embargo, ya desde el 24 de septiembre se supo del nombramiento de un cardenal legado que representaría al Romano Pontífice.

El día 7 de octubre, el cardenal legado, Enrique Pla y Daniel, hizo su entrada solemne en Zaragoza con todos los honores que su altísima representación exigía, primero por las autoridades civiles, que le recibieron y acompañaron en su entrada solemne por la ciudad, y después, a la puerta de la basílica del Pilar, por las autoridades eclesiásticas y el cabildo de ambas catedrales.

Adoró como de costumbre el Santísimo, se cantó el *Te Deum* y el *Veni Creator* y a continuación se dirigieron los acostumbrados saludos. El arzobispo de Zaragoza, don Rigoberto Doménech, dio la bienvenida al representante del Papa, señalando el contraste entre la tranquilidad, la unidad y la paz que

reinaban en España y la división que reinaba en el mundo. Unidad que venía a consolidar la presencia del cardenal legado, depositándola ante el trono de la Virgen Santísima.

«España, –recordó el arzobispo de Zaragoza–, fue siempre por obra de la Madre de Dios y de Santiago, el adalid de la fe, la mantenedora y defensora de los derechos de la Iglesia, la nación de inquebrantable firmeza en sus creencias por espacio de ocho siglos de luchas, la fidelísima aliada de Roma y del Papa, la que desde el Concilio de Elvira hasta los de Trento y Vaticano, sostuvo con más brío y arrostos las prerrogativas de la cátedra de san Pedro».¹

Fidelidad a la fe de la Iglesia, al Papa, y a las normas directrices emanadas de la Santa Sede que renovó ante el cardenal legado de Su Santidad.

A las palabras del arzobispo de Zaragoza, el cardenal legado del Papa respondió comentando los puntos señalados por el arzobispo y anticipando los frutos del congreso que inauguraba.

«No podía menos nuestra patria –señaló el cardenal legado– de celebrar con especiales conmemoraciones y hondo fervor, el centenario de la proclamación dogmática de la Inmaculada Concepción, ya que en el decurso de los siglos, ha sido la más tenaz defensora de este misterio tan glorioso para la Santísima Virgen. Así lo reconoció Su Santidad Pío IX

1. *Memoria del Congreso Mariano Nacional de Zaragoza*, Zaragoza, Estudios Mariológicos 1956, p. 26.

al hacer levantar en la plaza de España, ante nuestra embajada, el monumento a la Inmaculada Concepción el año 1854».

Señaló cómo las diócesis españolas rivalizaron ese año por festejar esta conmemoración con fiestas religiosas, con romerías a los santuarios marianos más célebres de la Virgen y con congresos diocesanos. La solemnidad del acontecimiento pedía un acto nacional de homenaje a la Santísima Virgen, que en ningún lugar podía realizarse mejor que en Zaragoza, «ya que aquí —como señaló el cardenal legado— nuestra patria recibió el testimonio de su particular amor cuando nos vino a visitar en carne mortal».²

Recordó también cómo, no habiendo mejor homenaje a la Santísima Virgen que consagrarse a su Corazón Inmaculado, los obispos españoles acordaron que el Congreso Mariano Nacional de Zaragoza terminase con el acto de consagración de España al Inmaculado Corazón de María, que realizaría el jefe del Estado, como hacía unos años se había consagrado al Sagrado Corazón de Jesús en el Cerro de los Ángeles.

El legado del Papa subrayó que la devoción a los Corazones de Jesús y de María eran algo inseparable en el pensamiento de Dios. «En el Corazón de Jesús —dijo el legado de Su Santidad— veneramos su amor divino que tan claramente nos mostró en los misterios de su vida, de su pasión y de su muerte. De igual modo en el Corazón de María veneramos su amor maternal de corredentora y medianera de todas las gracias. Y esta devoción al Corazón Inmaculado de María ha sido revelada al mundo en Fátima, como suprema esperanza para los graves males de todo orden que afligen a la humanidad».³

Esta unión inseparable de los Corazones de Jesús y de María se halla también en la mente de la Iglesia. «Por eso —recordó el cardenal legado— así como León XIII consagró el mundo al Sacratísimo Corazón de Jesús, del mismo modo nuestro Santísimo Padre Pío XII lo consagró solemnemente al Corazón Inmaculado de María».⁴

El fruto del congreso debía ser la sincera y ferviente consagración de España y de cada uno de sus hijos al Corazón Inmaculado de María. Consagración sincera que debía traslucirse en una vida cristiana más intensa, en un mejor cumplimiento de los propios deberes y en una devoción más fiel a la Virgen.

Hubo varias secciones, entre las que destacaron la doctrinal, en la que se presentaron diversos aspectos del misterio de la Inmaculada Concepción de la Virgen María —tanto a nivel teológico como divulgativo—, la de piedad —con jornadas para niños,

2. Idem.

3. Idem, p. 27.

4. Idem.

jóvenes, mujeres—, la de arte mariano, y diversos homenajes a la Virgen como los ofrecidos por la Acción Católica, los sindicatos, los deportistas...

La consagración de España al Inmaculado Corazón de María

DESDE el día antes de la consagración, Zaragoza era capital o corazón de España y aun de toda la Hispanidad. Lo representaba la presencia del jefe del Estado, Francisco Franco, y de los embajadores hispanoamericanos, que en Zaragoza iban a conmemorar el día de la Raza Hispana.

El día 12 de octubre estuvieron presentes la mayoría de los obispos españoles: tres cardenales, cinco arzobispos, 45 obispos y tres abades. No pudo faltar la presencia del nuncio de Su Santidad, monseñor Antoniutti. A ambos lados del altar situado en la plaza ondeaban las banderas de España y de las naciones de Hispanoamérica.

En la homilía el arzobispo de Barcelona, doctor Gregorio Modrego, explicó lo que debía suponer la consagración, una consagración que habiendo comenzado en las diócesis, entidades y corporaciones, culminaba ese día presidido por el Papa, presente a través de su cardenal legado, por el jefe del Estado, su Gobierno, el episcopado entero de España, y todos los hijos fieles de España asociados a él. «Consagrada oficialmente España al Inmaculado Corazón de María —dijo el arzobispo de Barcelona— éste debe presidir en adelante todas las instituciones y la conducta pública y privada de todos los españoles, especialmente de la familia que, disgregada en otras partes, ha comenzado a sentir el peligro de descomposición».⁵ En sus últimas palabras pidió a la Virgen su protección sobre la Iglesia, sobre España, sobre su Gobierno y sobre todos los españoles.

Terminada la celebración de la misa, el jefe del Estado, de rodillas, leyó la fórmula de consagración por la cual España, de manera solemne, oficial e irrevocable quedaba bajo la soberanía del Corazón Inmaculado de María. Concluido el acto de consagración, la ovación clamorosa de las doscientas mil personas que llenaban la plaza de la Virgen rubricó el gesto del jefe del Estado.

A continuación, sonó el distintivo de Radio Vaticana y el conocido saludo del locutor «Laudetur Iesus Christus», que anunciaba la presencia del Vicario de Cristo ante los micrófonos. El Papa clausuraba el congreso con un mensaje a los españoles. Terminado el mensaje de Pío XII, lleno de amor a España y de enseñanzas, la multitud estalló en una salva estruendosa de vivas al Papa y al Corazón de María.

5. Idem, p. 29.

Fórmula de consagración leída por el Jefe del Estado

AUGUSTA Madre de Dios y Madre compasiva de los hombres: En este solar de Zaragoza, regado con sangre de mártires y junto al sagrado Pilar, prenda de vuestra predilección y símbolo de la fe inquebrantable de vuestro pueblo, venimos a cumplir un deber de amor y de gratitud.

¡Oh, Señora!, nos enseña la divina revelación que vuestro Hijo y Señor Nuestro, porque nos amó, se entregó a la muerte para salvarnos, y pues el corazón es el símbolo y cifra del amor, adoramos el divino Corazón de Jesús y a él ha sido solemne y oficialmente consagrada nuestra nación.

Y vuestro Corazón Inmaculado es también la cifra de vuestro amor a Dios Redentor, de quien sois Madre y de todos los hombres de quienes sois en espíritu como Corredentora y Abogada nuestra.

El Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra, nuestro Supremo Padre y Maestro, secundando inspiraciones y llamadas del cielo, ha consagrado a vuestro Corazón el mundo entero. Los obispos de España, siguiendo como siempre al de Roma, han consagrado, igualmente, sus diócesis. Porque la vida oficial de una nación católica debe reflejar la vida religiosa de sus ciudadanos y dar culto a Dios según las enseñanzas de la Iglesia, el Estado español acude hoy ante vuestro altar para consagrar oficialmente toda la patria a vuestro Corazón purísimo, poniéndola al abrigo de vuestro maternal amor.

Ninguna ocasión mejor que la celebración de este Año Mariano que nos recuerda la gloriosa gesta de nuestro pueblo, paladín inigualado del dogma de vuestra Concepción Inmaculada.

Nos impulsa, Señora, un deber de gratitud. Vuestras sonrisas iluminaron los caminos gloriosos de nuestra historia y nos protegieron vuestras bendiciones. Aquí vinisteis a dar alimentos a nuestro padre en la fe, Santiago; disteis después ejemplo heroico a nuestros mayores para luchar durante siglos contra los infieles, hasta lograr la unidad religiosa y política de nuestra patria; vuestra intercesión nos obtuvo las victorias en cuantas veces hubimos de enfrentarnos con injustas invasiones, y, últimamente, ante el

mortal peligro de los sin Dios –regalo de predilección de vuestro divino Hijo–, y vuestra fue la elección de España para llevar la fe y la civilización a veinte naciones de América, y así Vos ayudasteis incluso con milagrosas apariciones a nuestros misioneros y soldados para que los indígenas fraternizaran con nosotros. ¿Quién podrá contar los incontables beneficios que a vuestra protección debemos?

Así pues, Madre y Señora nuestra, henchidos de gratitud y amor, con humildad por nuestras deficiencias y conscientes de los derechos que como Madre de Dios y Corredentora y Abogada nuestra tenéis sobre nosotros,

REAFIRMANDO NUESTRA FE CATÓLICA, APOSTÓLICA Y ROMANA, Y LA ADHESIÓN FILIAL AL VICARIO DE CRISTO, RENOVANDO LOS PROPÓSITOS DE VIDA ÍNTEGRAMENTE CRISTIANA COMO INDIVIDUOS Y COMO NACIÓN, Y RECOMENDÁNDOOS CON ESPECIAL AHÍNCO LAS VEINTE NACIONES DEL MUNDO HISPÁNICO QUE LLEVAMOS TODOS EN EL PENSAMIENTO Y EN LO MÁS ÍNTIMO DEL PECHO, EN NOMBRE DE LOS VEINTINUEVE MILLONES DE ESPAÑOLES QUE SE ASOCIAN A ESTE ACTO, DE MANERA SOLEMNE, OFICIAL E IRREVOCABLE, CONSAGRAMOS ESPAÑA A VUESTRO CORAZÓN INMACULADO.

Miradla como cosa y posesión vuestra, amparadla y defendedla, sed nuestro seguro camino hacia Dios, sed nuestra Mediadora y Abogada, obtenednos de Dios el perdón de nuestros pecados, la fidelidad a la ley cristiana y la perseverancia en el bien. Bendecid nuestros campos y nuestras empresas para que nuestro pueblo os sirva con corazón dilatado y libre de angustias, pues sois Madre de todos; dadnos la fraternidad de los unos para con los otros y amor cristiano para con todas las naciones y todos los hombres.

Haced que con el maternal reinado de vuestro Corazón venga a nosotros el Reino de Jesucristo, vuestro Hijo, que es reino de justicia y santidad, reino de paz, de amor y de gracia. Así sea.

Radiomensaje de S.S. Pío XII

VENERABLES hermanos y muy amados hijos que, clausurando vuestro Congreso Mariano Nacional, consagrais a vosotros mismos y vuestra patria toda al Inmaculado Corazón de María:

¡Quién nos pudiera dar en estos momentos que, así como con nuestra voz conseguimos hacernos presentes en medio de vosotros, lo pudiéramos hacer igualmente con nuestros ojos y nuestros oídos, para escuchar el voltear de las campanas de toda España, las salvas de honor, los vítores y aclamaciones, los suspiros y las plegarias que suben a lo alto; para ver todo un pueblo agolpándose ante los altares de su Madre y Señora y ofreciéndole su corazón y su vida! «Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis y los oídos que oyen lo que vosotros oís» (cf. Mt 13,16).

Porque España ha sido siempre, por antonomasia, la «tierra de María Santísima», y no hay un momento de su historia ni un palmo de su suelo que no estén señalados con su nombre dulcísimo. La histórica catedral, el sencillo templo o la humilde ermita, a ella están dedicados; y si quisiéramos solamente evocar, según se nos viene a las mientes, algunas de las advocaciones principales, que como piedras preciosas en un manto riquísimo son ornamento del territorio español: Covadonga, Begoña y Montserrat; la Peña de Francia, la Fuencisla y Monsalud; la Almudena, el Sagrario y los Desamparados; Guadalupe, los Reyes y las Angustias, nos parecería o que estábamos recorriendo la topografía nacional o que íbamos fijando los hitos principales de la historia de España. Eran pinceles españoles los de Juan de Juanes, Zurbarán, el Greco y Murillo; y por eso rivalizaron en presentarla a cuál más hermosa. Gubias y pinceles españoles fueron los de Gregorio Hernández, Alonso Cano, Martínez Montañés y Salzillo, y por serlo, no pudieron menos de estar dedicados de modo especial al servicio de su Madre amantísima. Y si es un rey santo el que cabalgaba para conquistar Sevilla, irá con Nuestra Señora en el arzón; y si son proas castellanas las que, precisamente tal día como hoy, violan el secreto de las tierras americanas, sobre una de ellas irá escrito necesariamente el nombre de «Santa María», ese nombre que luego el misionero y el conquistador irán dejando en la cima inaccesible, en el centro de la llanura sin fin o en el corazón de la selva impenetrable, para que sea

también allí fuente de gracia y de bendición.

Pero entre tantas advocaciones, venerables hermanos y amados hijos, acaso ninguna para vosotros tan entrañable ni tan enraizada en vuestra carne misma, como esa Virgen Santísima del Pilar, que en estos instantes tenéis ante los ojos.

Y tú –¡oh, Zaragoza!– no serás ya insigne por tu privilegiada posición, por tu cielo purísimo o por tu rica vega, «loci amoenitate, deliciis praestantior civitatibus Hispaniae cunctis», como la llama el gran Isidoro de Sevilla; no lo serás por tus magníficos edificios, donde galantemente se salta sin desentonar de los primores mozárabes a las elegancias platerescas; no lo serás por haber oído el paso cadencioso de las legiones romanas o por el aliento indomable que te sostuvo «siempre heroica» en los heroicos Sitios; lo serás por tu tradición cristiana, por tus obispos: Félix, en pluma de san Cipriano «fidei cultor ac defensor civitatis» (De haeret. bapt. VI- Migne P. t. 3 col. 1066), san Valero y san Braulio; por santa Engracia y los Mártires Innumerables, a los cuales podemos añadir el santo niño, embellecido también con la púrpura de su sangre, Dominguito del Val; lo serás, sobre todo, por esa columna contra la cual, rodando los siglos, como contra la roca inmovible que, en el acantilado, desafía y doma las iras del mar, se romperán las oleadas de las herejías en el periodo gótico, las nuevas persecuciones de la dominación árabe y la impiedad de los tiempos nuevos, resultando así cimiento inquebrantable, inexpugnable valladar e insuperable ornamento, no sólo de una nación grande, sino también de toda una dilatada y gloriosa estirpe. «Yo he elegido y santificado esta casa –parece decir ella, desde su Pilar– para que en ella sea invocado mi nombre y para morar en ella por siempre» (cf. 2 Paral 7,16); y toda la Hispanidad, representada ante la Capilla Angélica por sus airoas banderas, parece que le responde: «Y nosotros te prometemos quedar de guardia aquí para velar por tu honra, para serte siempre fieles y para incondicionalmente servirte».

Pero hoy, vosotros, venerables hermanos y amados hijos, si habéis venido aquí, si os habéis reunido en todos los centros marianos de la nación, ha sido con una intención precisa; evocando aquella jornada inolvidable en el Cerro de los Ángeles, de 1919, donde España se consagró al Corazón sacratísimo de Jesús, os habéis querido

hoy consagrar al de María en la confianza de que, en esta hora ardua de la humanidad, Dios quiera salvar al mundo por medio de aquel Corazón Inmaculado.

¡Bien merece, sin duda alguna, hijos amadísimos, esta manifestación de vuestra piedad el Corazón purísimo de la Virgen, sede de aquel amor, de aquel dolor, de aquella compasión y de todos aquellos altísimos afectos, que tanta parte fueron en la redención nuestra, principalmente cuando ella «stabat iuxta Crucem», velaba en pie junto a la Cruz (cf. Jn 19,25); bien lo merece aquel Corazón, símbolo de toda una vida interior, cuya perfección moral, cuyos méritos y virtudes escaparían a toda humana ponderación! Y bien justo es también que lo hagáis vosotros, si no fuera por otra razón, por ser la patria de san Antonio María Claret, apóstol infatigable de esta devoción, que Nos mismo hemos elevado al honor máximo de los altares.

Pero Nos creemos que hoy más que nunca, precisamente porque las nubes cargan sobre el horizonte, precisamente porque en algunos momentos se diría que las tinieblas van borrando aún más los caminos, precisamente porque la audacia de los ministros del averno parece que aumenta más y más, precisamente por eso, creemos que la humanidad entera debe correr a este puerto de salvación, que Nos le hemos indicado como finalidad principal de este Año Mariano; debe refugiarse en esta fortaleza, debe confiar en este Corazón dulcísimo que para salvarnos pide solamente oración y penitencia, pide solamente correspondencia.

Prometédse la vosotros, hijos amadísimos de toda España, prometedle vivir una vida de piedad cada día más profunda y sincera; prometedle velar por la pureza de las costumbres, que fueron siempre honor de vuestra gente; prometedle no abrir jamás vuestras puertas a ideas y principios



que, por triste experiencia, bien sabéis a dónde conducen; prometedle no permitir que se resquebraje la solidez de vuestro alcázar familiar, puntal fundamental de toda sociedad; prometed reprimir el deseo de gozos inmoderados, la codicia de los bienes de este mundo, ponzoña capaz de destruir el organismo más robusto y mejor constituido; prometedle amar a vuestros hermanos, a

todos vuestros hermanos, pero principalmente al humilde y al menesteroso, tantas veces ofendido por la ostentación del lujo y del placer. Y ella entonces seguirá siempre siendo vuestra especial protectora.

Ante vuestro trono, pues, ¡oh, Madre Santísima del Pilar! —diremos parafraseando las palabras por Nos mismo pronunciadas en ocasión solemnísimas (cf. Disc. y radio, t. IV, p. 260)—, Nos, como padre común de la familia cristiana, como Vicario de Aquel a quien fue dado todo poder en el cielo y en

la tierra, A VOS, A VUESTRO CORAZÓN INMACULADO CONFIAMOS, ENTREGAMOS Y CONSAGRAMOS, NO SÓLO TODA ESA INMENSA MULTITUD AHÍ PRESENTE, SINO TAMBIÉN TODA LA NACIÓN ESPAÑOLA para que vuestro amor y patrocinio acelere la hora del triunfo en todo el mundo del Reino de Dios y todas las generaciones humanas pacificadas entre sí y con Dios, os proclamen bienaventurada, entonando con Vos, de un polo a otro de la tierra, el eterno «magnificat» de gloria, amor y gratitud al Corazón de Jesús, único refugio donde puede hallarse la verdad, la vida y la paz.

Que la bendición del cielo, de la que quiere ser prenda la bendición nuestra, descienda sobre todos vosotros: sobre vuestro dignísimo cardenal legado, sobre el jefe del Estado, sobre todos nuestros hermanos en el episcopado, sobre todas las autoridades, sobre el clero, religiosos y fieles que están en estos momentos oyéndonos, y sobre toda la nación española a la que continuamente deseamos toda clase de bienes y prosperidades.

Antecedentes históricos de la consagración de España al Corazón Inmaculado de María

JORGE PUEYO

LA consagración de España al Corazón Inmaculado de María es fruto de una secuencia de acontecimientos. El 11 de junio del año 1899, S.S. León XIII consagra el mundo al Corazón de Jesús, calificando este acto como «el más importante de su pontificado». Durante el año 1917 tienen lugar las apariciones de Nuestra Señora a los pastorcitos de Fátima. En 1919 se consagra España al Corazón de Jesús.

A la vista de cómo evolucionaban los acontecimientos en la vecina España durante la primavera de 1931, el episcopado portugués realiza la primera consagración de Portugal al Corazón Inmaculado de María ya en mayo de 1931. Portugal, en virtud de esta temprana consagración al Corazón de María en 1931, se ve libre del comunismo español.

Llega, sin embargo, el año 1936 y con él surgen de nuevo los más graves temores ante el rumbo revolucionario que los sucesos españoles están tomando. El episcopado portugués, reunido en Fátima en mayo de 1936, hace voto de volver a reunirse en asamblea plenaria en Fátima si el país quedaba libre del peligro rojo tan próximo. Desaparecido inesperadamente el peligro, los obispos vuelven a Cova de Iria el 13 de mayo de 1938 para dar solemnemente gracias a la Virgen por la protección que ha ejercido sobre la patria y para renovar el acto de consagración de la nación portuguesa a su Corazón hecha 7 años antes (cf. P. Joaquín María Alonso, *Fátima. España. Rusia*, Madrid, Centro Mariano Cor Marie Centrum, 1976, p. 96).

En 1940, sor Lucía se comunica especialmente con los episcopados portugués y español. Mucho antes de comenzar la segunda guerra mundial, Lucía la anuncia, junto a la protección que habría de recibir Portugal: «Prometió (el Señor) una protección especial del Inmaculado Corazón de María para Portugal, en atención al acto de consagración que el episcopado con el pueblo hizo a este Corazón Inmaculado. Esta protección será también en recompensa por la oración y penitencia que mensualmente se hace en Fátima». Adviértase esa penitencia popular mensual en Cova de Iria, para explicar que Portugal, fuertemente ligada a sus compromisos con Inglaterra, no entrara en la guerra (ídem, p. 99).

En 1942, Pío XII consagra el mundo al Inmaculado Corazón de María. Durante este año y el siguiente se consagran la práctica totalidad de las dió-

cesis españolas. Posteriormente sor Lucía comentó que, como consecuencia de haberse efectuado estas consagraciones se obtuvieron dos gracias especiales: el acortamiento de la guerra mundial y el que España se viera libre de participar en ella (cf. ídem, p. 111-112).

En 1942 Lucía transcribía así una de sus comunicaciones recibidas en Pontevedra:

«Participa a mis ministros que, en vista de que siguen el ejemplo del rey de Francia, en la dilación de la ejecución de mi petición, también lo han de seguir en la aflicción. Aunque nunca será tarde para recurrir a Jesús y María.» (Ídem., p. 88).

En 1943, la hermana Lucía tiene otra revelación de nuestro Señor, que ella relata así en carta al padre Gonçalves, S.I., el 4 de mayo de aquel mismo año:

«Por orden de su Excia. Rvdma. (el obispo titular de Gurza, monseñor Manuel M^a Ferreira da Silva), tuve que manifestar al Sr. arzobispo de Valladolid un recado de nuestro Señor para los señores obispos de España y otro para los de Portugal. Dios quiera que todos oigan la voz del Buen Dios. Desea que los de España se reúnan en retiro y determinen una reforma en el pueblo, clero y órdenes religiosas; ¡que algunos conventos!... ¡y muchos miembros de otros!... ¿entiende? Desea que se haga comprender a las almas que la verdadera penitencia que Él ahora quiere y exige, consiste, antes que todo, en el sacrificio que cada uno tiene que imponerse para cumplir con sus propios deberes religiosos y materiales. Promete el próximo fin de la guerra, en atención al acto que se dignó hacer Su Santidad. Pero como fue incompleto, queda la conversión de Rusia para más adelante. Si los señores obispos de España no atienden a sus deseos, ella, (Rusia) será una vez más, el azote con que Dios los castigará» (*El futuro de España en los documentos de Fátima*, Madrid, Fe Católica, 1977).

Lucía escribió esta carta el 20 de abril de 1943. Está relacionada con la segunda guerra mundial. Se refiere a la conversión de Rusia. Fue leída ante los prelados portugueses al concluir una tanda de Ejercicios en Fátima. También el cardenal Segura la dio a conocer en una asamblea sacerdotal en la catedral de Sevilla (cf. Fray Antonio Corredor, O.F.M., *Lucía de Fátima dice...*», Madrid, Studium, 1958, p. 13).



TOTÁ PVLCHRA ES, MARIA

En correspondencia mantenida con el arzobispo de Valladolid, monseñor Antonio García, sor Lucía transmite lo que el Señor le comunicó el 12 de junio de 1941, quejándose especialmente:

«de la frialdad y (...) del clero religioso y secular de España, de la tibieza y vida pecaminosa del pueblo cristiano, y continuó: si los obispos de España se reunieran anualmente en una casa para ello destinada a tener su retiro, y, de común acuerdo preparasen los caminos por donde conducir las almas que les están confiadas, ahí recibirían del divino Espíritu luces y gracias especiales.

»Haz saber al señor arzobispo que deseo ardientemente que los señores obispos se reúnan en retiro para preparar entre ellos y para que de común acuerdo determinen los medios a emplear para la reforma del pueblo cristiano y para remediar la frialdad del clero y de una gran parte de religiosos y religiosas. El número de los que me sirven, en la práctica del sacrificio es muy limitado. Necesito de almas y sacerdotes que me sirvan en el sacrificio por mi y por las almas. (...)» (ídem., p. 65).

En una carta dirigida el 28 de febrero de 1943 por sor Lucía al arzobispo de Valladolid dice:

«El Buen Dios me había mostrado ya su contento

por el acto del Santo Padre y de varios obispos,¹ aunque aún fuese incompleto, según su deseo. A cambio, promete acabar en breve con la guerra si los señores obispos de España atienden los deseos de nuestro Señor y emprenden una verdadera reforma en el pueblo y en el clero; pero, si no, ella (Rusia) será todavía el enemigo con el que Dios os castigará todavía una vez más. El Buen Dios se va dejando aplacar, pero se queja amarga y dolorosamente del número limitadísimo de almas en gracia dispuestas a renunciarse en lo que de ellas exige la observancia de su ley. Esta es la penitencia que el Buen Dios pide ahora: «el sacrificio que cada persona tiene que imponerse a sí misma para llevar una vida de justicia en la observancia de su ley». Y desea que se haga conocer con claridad este camino a las almas, que muchas, juzgando el sentido de la palabra «penitencia» como grandes austeridades, no sintiendo fuerzas ni generosidad para ellas, se desaniman y descanzan en una vida de tibieza y de pecado.

De jueves a viernes estando en la capilla con li-

1. Referido al acto de consagración realizado por S.S. Pío XII el 31 de octubre de 1942, repetido el 8 de diciembre del mismo año.

cencia de mis superiores a las 12 de la noche me decía nuestro Señor: «el sacrificio que de cada uno exige el cumplimiento del propio deber y la observancia de mi ley, es la penitencia que ahora pido y exijo». (P. Joaquín María Alonso, *Fátima. España. Rusia*, Madrid, Centro Mariano Cor Marie Centrum, 1976, p. 66-67).

Hitos históricos en la Iglesia posteriores a la consagración de España al Corazón Inmaculado de María

HACIÉNDOSE eco del mensaje transmitido por sor Lucía, el 21 de noviembre de 1964, el papa Pablo VI, al clausurar la tercera sesión del Concilio, recordando la consagración efectuada por su predecesor Pío XII, proclama a María «Madre de la Iglesia».

El 13 de octubre de 1967, mediante la exhortación *Signum magnum* invita a renovar la consagración al Corazón de María.

El 8 de diciembre de 1978, en la basílica de Santa María la Mayor, el papa Juan Pablo II confía la Iglesia y el mundo a la Virgen y el 4 de junio de 1979, renueva esta consagración en el santuario de Jasna Góra.

El 13 de mayo de 1981, en la plaza de San Pedro, en el día y hora de la aparición de Fátima, Alí Agka dispara sobre Juan Pablo II causándole gravísimas heridas. Dos meses después monseñor Martínez Somalo entrega al Papa, todavía convaleciente, el texto del tercer secreto que éste había solicitado. En agradecimiento por haberle salvado de la muerte, Juan Pablo II visitó Fátima un año después, el 13 de mayo de 1982, renovando la consagración efectuada por el papa Pío XII en dos ocasiones, diciendo:

«... el papa Pío XII, teniendo ante sus ojos las dolorosas experiencias de la familia humana, puso bajo tu confianza y consagró a tu Corazón Inmaculado todo el mundo, y especialmente los pueblos que eran objeto de tu amor y solicitud particular. Este mundo de los hombres y de las naciones es el que hoy tengo ante los ojos yo también, en el momento en el que deseo renovar el ofrecimiento y la consagración realizada por mi predecesor en la Sede de Pedro: este mundo del segundo milenio que está terminando, el mundo contemporáneo, nuestro mundo de hoy».

«... ¡Oh, Madre de los hombres y de los pueblos!, tú que conoces todos sus sufrimientos y esperanzas, tú que sientes maternalmente todas las luchas entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas que invaden el mundo contemporáneo, acoge nuestro grito que, como movidos por el Espíritu Santo, elevamos directamente a tu Corazón, y abraza, con tu amor de Madre, este nuestro mundo humano, que ponemos

bajo tu confianza y te consagramos, llenos de inquietud por la suerte terrena y eterna de los hombres y de los pueblos. De modo especial ponemos bajo tu confianza y te consagramos aquellos hombres y naciones que necesitan especialmente esta entrega y esta consagración.»

Juan Pablo II para responder más plenamente a las peticiones de «Nuestra Señora», quiso explicitar durante el Año Santo de la Redención el acto de consagración del 7 de junio de 1981, repetido en Fátima el 13 de mayo de 1982. En la plaza de San Pedro el 25 de marzo de 1984, en unión espiritual con todos los obispos del mundo consagra a todos los hombres y pueblos al Corazón Inmaculado de María, en un tono que evocaba las angustiosas palabras pronunciadas en 1981 y con mayor fuerza y referencias más concretas comentaba el triste cumplimiento del mensaje de Fátima.

En 1989 se derrumba inexplicablemente el —hasta entonces tenido por todos como inmovible— sistema comunista soviético.

Durante la homilía de beatificación de los pastorcitos Francisco y Jacinta, el 13 de mayo de 2000, Juan Pablo II afirmó «... con el mensaje de Fátima Dios Padre quiso iluminar a la humanidad en sus horas sombrías e inquietas».

El 8 de octubre de 2000, en pleno Año Jubilar, unido a multitud de pastores venidos de todas las partes del mundo, consagra la Iglesia y el mundo a María, buscando en ella amparo bajo su maternal protección e implorando confiadamente de ella su intercesión ante los desafíos ocultos del futuro de una humanidad tan apasionante como rica en contradicciones, capaz de «hacer de este mundo un jardín o reducirlo a un cúmulo de escombros», capaz de intervenir en las fuentes mismas de la vida y «usarlas para el bien, dentro del marco de la ley moral, o ceder al orgullo miope de una ciencia que no acepta límites, llegando incluso a pisotear el respeto debido a cada ser humano», una humanidad situada, como nunca en el pasado, en una encrucijada. Y cuya salvación se encuentra, una vez más, sólo y enteramente en Jesucristo.

Durante la audiencia general del miércoles 24 de marzo de 2004 Juan Pablo II volvió a poner en manos de la Virgen el mundo, en estos tiempos marcados por «el odio, la violencia, el terrorismo y la guerra» renovando en la plaza de San Pedro del Vaticano el acto con el que, «respondiendo a lo que había pedido Nuestra Señora en Fátima», confió a la humanidad al Corazón Inmaculado de María el 25 de marzo de 1984, Año Santo de la Redención.

En todas las visitas apostólicas efectuadas por S.S. Juan Pablo II a nuestro país, siempre se ha despedido diciendo «Hasta siempre, España, hasta siempre, “tierra de María”».

Acercarse, mediante la intercesión de la Madre a la misma Fuente de la Vida

ÁLVARO CÁRDENAS DELGADO, PBRO.

LA Virgen en Fátima indicó a sor Lucía que Jesús quería establecer en el mundo la devoción a su Inmaculado Corazón y le confió la promesa de que quien abrazara esta devoción se salvaría (segunda aparición, el 13 de junio de 1917).

Jacinta se lo recordará poco antes de su muerte con estas palabras:

«Ya me falta poco para ir al cielo. Tú te quedas aquí para decir que Dios quiere establecer en el mundo la devoción al Inmaculado Corazón de María. Cuando sea el momento de decirlo, no te escondas. Di a toda la gente que Dios nos concede las gracias por medio del Corazón Inmaculado de María; que se las pidan a ella, que el Corazón de Jesús quiere que, a su lado, se venere el Corazón Inmaculado de María; que pidan la paz al Inmaculado Corazón de María, que Dios se la entregó a ella. ¡Si yo pudiese meter en el corazón de todo el mundo el fuego que tengo dentro de mi pecho, quemándome y haciéndome gustar tanto del Corazón de Jesús y del Corazón de María! (cf. *Memorias de la hermana Lucía, III Memoria*, p. 111, Secretariado dos Pastorinhos, 4.^a ed., julio de 1995).

La Santísima Virgen advirtió el sufrimiento que los males de la concepción materialista y atea del mundo ocasionarían a los hombres si no recibían su mensaje de conversión y de aceptación de su Corazón Inmaculado como camino para llegar a Dios y alcanzar la salvación (tercera aparición, el 13 de julio de 1917).

La actualidad de este mensaje de la Virgen es evidente. Si miramos la situación actual de España y de Europa ¿no nos hallamos ante una sociedad cada vez más marcada por el materialismo práctico y por una concepción de la vida en la que Dios y la ley natural inscrita por Él en la creación, si no es todavía explícitamente perseguida, es cada vez más silenciada y positivamente relegada al campo de lo estrictamente individual?

Sin embargo, la Virgen anunció también una promesa gozosa y llena de esperanza para todos sus hijos, la victoria universal de su Corazón maternal: «*Por fin mi Inmaculado Corazón triunfará*» (tercera aparición, el 13 de julio de 1917).

El amor misericordioso de Dios hacia los hombres no cesa, en ella y por ella, de revelarse en la historia de la Iglesia y de la humanidad. Este amor

misericordioso, que restaura al hombre, tiene una eficacia particular en María, pues se funda en el tacto singular de su Corazón maternal, su sensibilidad particular y su especial aptitud para llegar a todos aquellos que, teniendo herida de diversas formas la imagen del Padre, aceptan más fácilmente el amor misericordioso de una madre (cf. *Dives in misericordia*, 9).

¿No está el caminar de la Iglesia, en este tiempo presente, lleno de signos de la acción silenciosa pero fecunda de María? En su carta apostólica *Tertio millennio adveniente*, de 1994, el Santo Padre miraba hacia el pasado constatando lo difícil que era «no advertir como el Año Mariano precedió de cerca los acontecimientos de 1989. Sucesos que sorprenden al mundo por su envergadura y especialmente por su rápido desarrollo» (*Tertio millennio adveniente*, 27).

En el «*Totus tuus*» del Papa, la consagración a María ha resonado en la Iglesia desde los inicios de su ministerio. En su libro *Don y Misterio*, el Santo Padre explica que ese «*Totus tuus*» «es la abreviatura de la forma más completa de la consagración a la Madre de Dios» (*Don y Misterio*, Madrid, BAC, 1996, p. 44).

En su encíclica *Redemptoris Mater* el Papa explica el significado de la consagración a María: «La entrega –en el sentido siempre de consagración– es la respuesta al amor de una persona y, en concreto, al amor de la Madre. La dimensión mariana de la vida de un discípulo de Cristo se manifiesta de modo especial precisamente mediante esta entrega –consagración– filial respecto a la Madre de Dios, iniciada con el testamento del Redentor en el Gólgota. Entregándose filialmente a María, –en el sentido de consagración– el cristiano, como el apóstol Juan, acoge «entre sus cosas propias» a la Madre de Cristo y la introduce en todo el espacio de su vida interior, es decir, en su «yo» humano y cristiano: «*La acogió en su casa*». Así el cristiano trata de entrar en el radio de acción de aquella «caridad materna», con la que la Madre del Redentor «cuida de los hermanos de su Hijo», «a cuya regeneración y educación coopera» según la medida del don, propia de cada uno, por la virtud del Espíritu de Cristo. Así se manifiesta también aquella maternidad según el Espíritu, que ha llegado a ser la función de María



a los pies de la Cruz y en el Cenáculo» (cf. *Redemptoris Mater*, 45).

En la homilía que Juan Pablo II pronunció en Fátima el 13 de mayo de 1982, presentó el significado del acto de consagración del mundo al Corazón Inmaculado de María. Consagrar el mundo al Corazón Inmaculado de María significa «acercarse, mediante la intercesión de la Madre a la misma Fuente de la Vida, que brota en el Gólgota; «retornar a la Cruz del Hijo», es decir, «consagrar este mundo al Corazón herido del Salvador, restituyéndolo a la fuente misma de la Redención», «más grande que el pecado del hombre o que el “pecado del mundo”». Consagrarse a María significa también «dejarse ayudar por ella a ofrecer la humanidad y a nosotros mismos a «Aquel que es Santo», infinitamente Santo», con el poder de la Redención de Cristo. Es custodiar el mundo acercándolo «al Corazón de Cristo traspasado en la Cruz» (homilía en Fátima, 13 de mayo de 1982).

¿No es el camino mariano el camino de la Iglesia señalado por el Papa para este tercer milenio: el camino de la humildad, de la fe y de la confianza, el

camino de la santidad y de la primacía de la gracia, el de la obediencia filial, el del abandono, y el de la aceptación de los inescrutables caminos de Dios (cf. *Redemptoris Mater*, 14), que ella recorrió de modo singular?

No hay camino para la Iglesia sin ella. Ella camina con nosotros. A ella confió Su Santidad Juan Pablo II el tercer milenio. Ella ha sido presentada e invocada continuamente por él como «estrella de la nueva evangelización» y como «aurora luminosa y guía segura de nuestro camino» (cf. *Novo millennio ineunte*, 58).

«María –nos recordaba el Papa en su último viaje apostólico a nuestra nación– además de ser la Madre cercana, discreta y comprensiva, es la mejor maestra para llegar al conocimiento de la verdad a través de la contemplación» (discurso en el encuentro con los jóvenes, Cuatro Vientos, Madrid, 3 de mayo de 2003).

Este es el camino indicado también por el Papa para toda la Iglesia en su carta encíclica sobre la Eucaristía (cf. *Ecclesia de Eucharistia*, 57), y que nos recordó a los españoles en su última visita apostólica a España cuando nos exhortó a formar parte de «la escuela de María», «modelo insuperable de contemplación y ejemplo admirable de interioridad fecunda, gozosa y enriquecedora», maestra que nos enseña «a no separar nunca la acción de la contemplación» contribuyendo así, como recordaba también el Santo Padre, «a hacer realidad un gran sueño: el nacimiento de la nueva Europa del espíritu. Una Europa fiel a sus raíces cristianas, no encerrada en sí misma sino abierta al diálogo y a la colaboración con los demás pueblos de la tierra; una Europa consciente de estar llamada a ser faro de civilización y estímulo de progreso para el mundo, decidida a aunar sus esfuerzos y su creatividad al servicio de la paz y de la solidaridad entre los pueblos (cf. discurso en el encuentro con los jóvenes, Cuatro Vientos, Madrid, 3 de mayo de 2003).

En sus manos ha vuelto a poner el mundo, en estos tiempos marcados por «el odio, la violencia, el terrorismo y la guerra» renovando así el acto con el que, «respondiendo a lo que había pedido Nuestra Señora en Fátima», confió a la humanidad al Corazón Inmaculado de María el 25 de marzo de 1984, Año Santo de la Redención (audiencia general del miércoles 24 de marzo de 2004).

SPECULUM



IVSTITIÆ

SC

Consagración, conversión y penitencia

MARI CARMEN NAVARRO Y FRANCISCO JAVIER DÍEZ

JESÚS quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón». Estas palabras pronunciadas por la Santísima Virgen María en Fátima son explicadas por Lucía del siguiente modo: «Establecer en el mundo la devoción al Inmaculado Corazón de María significa llevar a las personas a una plena consagración de conversión, donación, íntima estima, veneración y amor. Es pues, en este espíritu de consagración y conversión como Dios quiere establecer en el mundo la devoción al Inmaculado Corazón de María».¹

Por tanto, existe una estrecha relación entre consagración y conversión, no sólo en su dimensión personal, sino también en la dimensión social. De hecho, la conversión personal es condición necesaria para la conversión social, no sólo porque la sociedad está compuesta de individuos, sino porque la conversión de cada persona influye en todas las demás. Y recíprocamente, una sociedad donde se respeten los mandamientos de Dios y la dignidad del ser humano facilita la conversión personal. En esta idea insisten el Catecismo de la Iglesia católica y el Concilio Vaticano II: tras hablar de las «estructuras injustas» que hacen difícil que el ser humano pueda vivir de acuerdo con la voluntad de Dios (CIC 1887), añade: «Es preciso entonces apelar a las capacidades espirituales y morales de la persona y a la exigencia permanente de su conversión interior para obtener cambios sociales que estén realmente a su servicio. La prioridad reconocida a la conversión del corazón no elimina en modo alguno, sino, al contrario, impone la obligación de introducir en las instituciones y condiciones de vida, cuando inducen al pecado, las mejoras convenientes para que aquéllas se conformen a las normas de la justicia y favorezcan el bien en lugar de oponerse a él (cf. LG 36)» (CIC 1888).

Este camino de conversión, que llevará a la transformación de la sociedad, es esencialmente un camino de penitencia. De hecho, la conversión es uno de los elementos constitutivos de la penitencia, tal como explica el papa Juan Pablo II en la encíclica *Reconciliatio et paenitentia* (n. 26):

«El mensaje bíblico subraya en la penitencia ante todo su valor de conversión, término con el que se trata de traducir la palabra del texto griego *metanoia*,

que literalmente significa cambiar radicalmente la actitud del espíritu para hacerlo volver a Dios.» El segundo valor de la penitencia es el arrepentimiento, que no debe ser un sentimiento superficial, sino el firme deseo (de la voluntad) de cambiar radicalmente. El tercer valor de la penitencia «es el movimiento por el que las actitudes precedentes de conversión y de arrepentimiento se manifiestan al exterior: es el hacer penitencia», que significa «restablecer el equilibrio y la armonía rotos por el pecado, cambiar de dirección incluso a costa de sacrificio».

El Catecismo vuelve a recordar estos tres elementos, al señalar que el sacramento de la Penitencia se denomina así «porque es un proceso personal y eclesial de conversión, de arrepentimiento y de reparación por parte del cristiano pecador» (CIC 1423).

Esta penitencia que Dios nos pide por medio de su Hijo y de la Iglesia es, ante todo, una actitud del corazón: «La llamada de Jesús a la conversión y a la penitencia no mira, en primer lugar, a las obras exteriores —«el saco y la ceniza», los ayunos y las mortificaciones— sino a la conversión del corazón, la penitencia interior. Sin ella, las obras de penitencia permanecen estériles y engañosas» (CIC 1430).

«La penitencia interior es una reorientación radical de toda la vida, un retorno, una conversión a Dios con todo nuestro corazón, una ruptura con el pecado, una aversión del mal, con repugnancia hacia las malas acciones que hemos cometido. Al mismo tiempo, comprende el deseo y la resolución de cambiar de vida, con la esperanza de la misericordia divina y la confianza en la ayuda de su gracia. Esta conversión del corazón va acompañada de dolor y tristeza saludables que los Padres llamaron «animi cruciatus» (aflicción del espíritu), «compunctio cordis» (arrepentimiento del corazón) (cf. Cc. de Trento: DS 1676-1678; 1705; Catech. R. 2, 5, 4)» (CIC 1431). Como vemos, el Catecismo nos está hablando de las dos dimensiones del arrepentimiento: la atrición, es decir, la aversión al pecado como algo intrínsecamente horrible y dañino, y la contrición, que es dolor por haber ofendido a quien tanto nos ama.

Cuando alguien comprende la gravedad del pecado en cuanto rechazo de Dios, bondad infinita, surge en su corazón una profunda contrición, no sólo por sus propios pecados, sino por todos los que se cometen contra Dios. Al participar en la santa Misa, acude como el publicano, con conciencia de ser pe-

1. Hermana Lucía, *Llamadas del Mensaje de Fátima*, Editorial Planeta-Testimonio, p. 149.

cador, miembro de un pueblo de pecadores. Sabiendo que ninguna de sus obras puede ser agradable a Dios por sí misma, ni siquiera las «buenas obras», y que no tiene ningún mérito propio que pueda compensar el mal cometido, ofrece a Dios Padre el Sacrificio Redentor de Jesucristo como reparación por todos los pecados, no sólo por los suyos propios y por los de sus seres más queridos, sino también por los de toda la humanidad, ejerciendo así el sacerdocio común al que estamos llamados todos los bautizados (cf. LG 10).

El Concilio Vaticano II lo explica así: «Los laicos, consagrados a Cristo y ungidos por el Espíritu Santo, están maravillosamente llamados y preparados para producir siempre los frutos más abundantes del Espíritu. En efecto, todas sus obras, oraciones, tareas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el trabajo diario, el descanso espiritual y corporal, si se realizan en el Espíritu, incluso las molestias de la vida, si se llevan con paciencia, todo ello se convierte en sacrificios espirituales agradables a Dios por Jesucristo, que ellos ofrecen con toda piedad a Dios Padre en la celebración de la Eucaristía uniéndolos a la ofrenda del cuerpo del Señor. De esta manera, también los laicos, como adoradores que en todas partes llevan una conducta sana, consagran el mundo mismo a Dios» (LG 34; reproducido en el CIC 901).

Además de ofrecer a Dios todas las obras de cada día, la actitud de penitencia interior, cuando es auténtica, tiende a manifestarse al exterior en forma de obras específicas de penitencia (CIC 1430). El Catecismo nos recuerda que, según la Escritura y los Santos Padres, la penitencia se manifiesta «sobre todo en tres formas: el ayuno, la oración y la limosna (cf. Tb 12,8; Mt 6,1-18), que expresan la conversión con relación a sí mismo, con relación a Dios y con relación a los demás» (CIC 1434).

Otras expresiones de penitencia que nos propone la Iglesia son los gestos de reconciliación, el reconocimiento de nuestras faltas ante los hermanos, el examen de conciencia, la dirección espiritual, la aceptación de los sufrimientos, el padecer la persecución a causa de la justicia, los ejercicios espirituales, las peregrinaciones, las privaciones voluntarias, etc., y sobre todo «la práctica de la caridad “que cubre multitud de pecados” (1 P 4,8)» (CIC 1434, 1435 y 1438). Y destaca que el camino más seguro de la penitencia es tomar la cruz cada día y seguir a Jesús (CIC 1435).

En plena comunión con el magisterio de la Iglesia, la hermana Lucía de Fátima desarrolla este punto cuando explica cómo debemos entregar diariamente nuestra vida a Dios, especialmente cumpliendo los deberes de estado: «Hemos de procurar darnos cuenta de la presencia de Dios... Debemos, por eso,

santificar nuestro trabajo, nuestro descanso, nuestro alimento, nuestras diversiones honestas, como si fueran una permanente oración. Sabiendo nosotros que Dios está presente, basta con acordarnos de Él y de vez en cuando, dirigirle alguna palabra de amor: «Te amo, Señor»; de agradecimiento: «Gracias, Señor por todos tus beneficios»; de súplica: «Señor, ayúdame a serte fiel, perdona mis infidelidades, mis incomprendimientos, mis deslices»; de alabanza... Este trato íntimo y familiar con Dios transforma nuestros trabajos y ocupaciones diarias en una verdadera vida de oración... Lo que importa es que estemos dispuestos a aprovechar la ocasión que se nos depara, que sepamos sacrificarnos, cuando eso mismo es exigido por el cumplimiento del propio deber para con Dios, para con el prójimo y para con nosotros mismos (*Llamadas del mensaje...* p. 99 y 107).

Evidentemente, esta llamada a vivir constantemente en comunión de vida con Dios, a consagrarnos a él por completo, implican un ejercicio continuo de ascesis que ha de estar necesariamente sustentado por Dios: «La conversión y la penitencia diarias encuentran su fuente y su alimento en la Eucaristía» (CIC 1436). Si no ponemos nuestra esperanza en Cristo, difícilmente podremos afrontar la exigencia evangélica y la llamada de la Virgen a la conversión, la oración y la penitencia.

En esta misma línea, el Catecismo (nº 1432) insiste en que la conversión es, ante todo, obra de Dios: «El corazón del hombre es rudo y endurecido. Es preciso que Dios dé al hombre un corazón nuevo (cf. Ez 36,26-27). La conversión es primeramente una obra de la gracia de Dios que hace volver a él nuestros corazones: «Conviértenos, Señor, y nos convertiremos» (Lc 5,21). Dios es quien nos da la fuerza para comenzar de nuevo. Al descubrir la grandeza del amor de Dios, nuestro corazón se estremece ante el horror y el peso del pecado y comienza a temer ofender a Dios por el pecado y verse separado de él. El corazón humano se convierte mirando al que nuestros pecados traspasaron (cf. Jn 19,37; Za 12,10)».

«Después de Pascua, el Espíritu Santo “conviene al mundo en lo referente al pecado” (Jn 16, 8-9), a saber, que el mundo no ha creído en el que el Padre ha enviado. Pero este mismo Espíritu, que desvela el pecado, es el Consolador (cf. Jn 15,26) que da al corazón del hombre la gracia del arrepentimiento y de la conversión (cf. Hch 2,36-38; Juan Pablo II, *Dominum et vivificantem* 27-48)» (CIC 1433).

En resumen: Dios nuestro Padre, por medio de la Sagrada Escritura y del magisterio de la Iglesia nos llama continuamente a la conversión. La Virgen María, al pedir en Fátima la consagración personal y

colectiva, nos está llamando a la conversión personal, que es condición necesaria para el cambio de la sociedad. Nos pide también, tal como ha recalcado más recientemente el Concilio Vaticano II, que durante toda nuestra vida (en el trabajo, en el apostolado, al estar con la familia... y sobre todo al participar en la santa Misa) ofrezcamos a Dios Padre el Sacrificio redentor de Jesucristo en reparación por nuestros pecados y por los del mundo entero. Es este también uno de los elementos centrales del mensaje

de misericordia comunicado por Nuestro Señor Jesucristo a santa Faustina Kowalska, cuya difusión ha asumido Juan Pablo II como la tarea primordial de su pontificado. Nos está llamando también a una penitencia que es, en esencia, una actitud del corazón, pero que se manifiesta también en obras externas, sobre todo en forma de oración, ayuno y limosna, y en aceptar «de buena gana» —es decir, con una sonrisa— los sacrificios que nos ofrece constantemente la vida cotidiana.



Significado de la consagración al Inmaculado Corazón de María

CONSAGRAR el mundo al Corazón Inmaculado de María significa acercarse, mediante la intercesión de la Madre a la misma Fuente de la Vida, que brota en el Gólgota. Esta Fuente ininterrumpidamente brota con la gracia y la Redención. Continuamente se realiza en ella la reparación de los pecados del mundo. Incesantemente es Fuente de vida nueva y de santidad.

Consagrar el mundo al Inmaculado Corazón de la Madre, significa retornar a la Cruz del Hijo. Más aún, eso quiere decir consagrar este mundo al Corazón herido del Salvador, restituyéndolo a la fuente misma de la Redención. La Redención es siempre más grande que el pecado del hombre o que el «pecado del mundo». El poder de la Redención supera infinitamente toda la gama del mal que hay en el hombre y en el mundo.

El corazón de la Madre es consciente de todo esto, como ningún otro en el cosmos. Por esto llama. Llama no sólo a la conversión sino que también llama a hacernos ayudar por ella, Madre, para retornar a la Fuente de la Redención.

Consagrarse a María significa dejarse ayudar por ella a ofrecer la humanidad y a nosotros mismos a «Aquél que es Santo», infinitamente Santo. Dejarnos ayudar por ella —recurriendo a su corazón de Madre, abierto al pie de la Cruz al

amor hacia todo hombre, hacia el mundo entero— para ofrecer al mundo, al hombre, a la humanidad y a todas las naciones, a Aquél que es infinitamente Santo. La santidad de Dios se ha manifestado en la redención del hombre, del mundo, de la entera humanidad, de todas las naciones: Redención realizada mediante el sacrificio de la Cruz. «Por ellos me consagro Yo mismo», había dicho Jesús (Jn 17,19). Con el poder de la Redención, el hombre y el mundo han sido consagrados. Han sido consagrados a Aquél que es infinitamente Santo. Han sido ofrecidos y confiados al Amor mismo, al Amor misericordioso.

La Madre de Cristo nos llama y nos invita a unirnos a la Iglesia del Dios vivo en esta consagración al mundo, en esta consagración mediante la cual el mundo, la humanidad, las naciones y todos los hombres son ofrecidos al Eterno Padre con el poder de la Redención de Cristo. Ellos son ofrecidos en el Corazón del Redentor atravesado en la Cruz.

La Madre del Redentor nos llama, nos invita y nos ayuda a unirnos a esta consagración, a esta custodia del mundo. Será así, en efecto, que nos encontraremos lo más cercanos posible al Corazón de Cristo traspasado en la Cruz».

Juan Pablo II, *Homilía en Fátima*, 13 de mayo de 1982.

La penitencia, camino hacia la paz

M^a VICTORIA PUEYO Y MARTIN PILAT

LA Virgen María, en su aparición en Fátima en 1917, nos transmitió que el destino de la humanidad está en juego. Anunciaba guerras y calamidades por las que pasaría la humanidad. María pedía al mundo entero oración y penitencia. Preguntémosnos: ¿hay paz en el mundo?, ¿qué paz buscamos?, ¿hay oración, hacemos penitencia?

Actualmente vivimos una guerra mundial, no como lo fueron la primera o la segunda, sino que se trata de una guerra encubierta, sin declaración pública, pero no por ello menos real. ¿Por qué hay tanta guerra? Es únicamente consecuencia de nuestro pecado, y sin embargo el deseo máximo de todos los hombres es la paz. ¿Pero qué tipo de paz buscamos o busca el mundo? ¿La paz de Cristo o aquella que nos permite seguir viviendo al margen de Dios?

La Virgen en su aparición a los tres pastorcitos, reveló tres secretos que más tarde fueron escritos por la hermana Lucía, en 1941. Anunciaba una época de sufrimiento, concretada no sólo en guerras, sino también en desastres naturales y un ataque específico a la Iglesia de Cristo. Pero igualmente anticipaba el triunfo, un triunfo que vendría con la conversión de cada cristiano, siguiendo las enseñanzas del Evangelio, unido al rezo del Rosario que tan insistentemente pidió a todos sus devotos, recomendando igualmente el amor a la sagrada Comunión, evitando a toda costa sus profanaciones. Pues de lo contrario, las almas se irían alejando cada vez más del Corazón de su Hijo, encaminándose paso a paso al desastre anunciado.

En 1996 el cardenal Ratzinger dijo en Fátima: «Me parece que nuestro mayor error es pensar que las grandes acciones económicas y políticas pueden transformar el mundo»;¹ es una tentación, incluso para los cristianos, puesto que estas acciones, encabezadas por los grandes líderes mundiales, ignoran la base del problema que radica en la ausencia de espiritualidad, debido al materialismo profundo en que todos nosotros nos vemos envueltos.

Fátima es una llamada a la conversión con la penitencia y la oración, alertando a la humanidad, pues Dios no quiere que nadie se pierda; por eso, hace dos mil años, envió a la tierra a su Hijo, a buscar y salvar lo que estaba perdido (Lc 19,10), y continúa haciéndolo, ya que el cumplimiento de estos mensajes no se limita a la fecha establecida (1950-2001),

sino que continúa latente, dado que ese cambio radical de cada ser humano no se produce, a pesar de ser testigos de la veracidad de las palabras de la Virgen.

¿Pero sabemos en verdad qué es la penitencia?

La penitencia es el modo en que reparamos el daño hecho a Dios y a nuestro prójimo por nuestros pecados, una vez que obtuvimos el perdón de ellos en el sacramento de la Reconciliación. Consiste en una conversión profunda, total, definitiva, en un cambio de la vida del hombre, en un distanciamiento absoluto del pecado y del mal para volverse a Dios y a Cristo en la fe. «Se trata de morir a uno mismo, “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo y no produce fruto”. Pues de lo contrario nuestras devociones más santas no nos conducen a esta muerte necesaria y fecunda, no produciremos fruto alguno, y serán inútiles nuestras devociones; todos nuestros actos de justicia estarán mancillados por el amor propio y la propia voluntad, lo que hará que Dios rechazaré los mayores sacrificios y las mejores acciones que podamos ejecutar y a nuestra muerte nos hallaremos con las manos vacías de virtudes y de méritos, y no tendremos una chispa del amor puro que sólo se comunica a las almas muertas a sí mismas, cuya vida se esconde con Jesucristo en Dios» (*Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, núm. 81 y 82)

Una forma muy eficaz de morir a uno mismo es el camino que siguió santa Teresita, hablando del poder de las pequeñas mortificaciones. «No descuidemos ningún sacrificio: es todo tan grande en la vida religiosa... Recoger un alfiler por amor puede convertir un alma».² «Las únicas mortificaciones que me permitía era mortificar mi amor propio, lo que me hacía mayor bien que las mortificaciones corporales»³. Estos pequeños sufrimientos en la vida cotidiana tienen una importante ventaja sobre las grandes mortificaciones, ya que con ellos no es posible enorgullecerse del fruto que, por medio de María, producen. Este tipo de penitencia está al alcance de todos, incluso de los más débiles. Puesto que todo depende del amor con que se hagan las cosas, ¿de qué sirve ayunar si no se entrega el corazón? De otro modo se convertiría en un acto meramente teórico, prescindiendo de la razón verdadera del sacrificio, transformándolo en un «cumplido y miento».

1. *L'Osservatore Romano*.

2. *Historia de un alma*, Burgos, Monte Carmelo, 1998.

3. *Ibid.*

Decía santa Teresita a su hermana Leonia: «No escatimar el menor sacrificio, no dejar perder ni una palabra, ninguna mirada, aprovechar las menores acciones y ejecutarlas por amor». ⁴ Este amor escondido tras la penitencia es lo que mueve a Dios a cambiar al mundo. Es el camino que nos libera de nosotros mismos y nos dirige hacia él. El valor de la penitencia está en que nos lleva a la conversión. No hay conversión profunda sin penitencia. La penitencia nos une a la pasión de Cristo, dando a nuestros pequeños sufrimientos un valor redentor, ya que esta es la forma de hacernos partícipes y de unirnos a su dolor, dentro de nuestra limitada capacidad, e inun-

4. *Ibíd.*

darnos de ese amor salvífico, para que irradie a todas las almas.

Por esta razón, el cardenal Ratzinger nos muestra las claves del tercer secreto de Fátima: «penitencia, penitencia, penitencia», junto con «mi Corazón Inmaculado triunfará», «el corazón abierto a Dios, purificado por la contemplación de Dios, es más fuerte que los fusiles y que cualquier tipo de armas: el *fiat* de María, la palabra de su Corazón, ha cambiado la historia del mundo».

Aprovechemos ahora este gran momento del cincuenta aniversario que vivimos de la consagración de España a la Santísima Virgen para acercarnos más a Dios y poder así «despojarnos del hombre viejo y revestirnos del nuevo» (Juan Pablo II).

«La curación de tantos males hay que buscarla en remedios más profundos»

No negamos, ciertamente, que puedan hacer mucho en esto los que gobiernan los pueblos; sin embargo, la curación de tantos males hay que buscarla en remedios más profundos, hay que llamar en auxilio una fuerza superior a la humana, que ilustre las mentes con una luz celestial y que llegue hasta las almas mismas, las renueve con la gracia divina y con su influencia las haga mejores.

Sólo entonces podemos esperar que florezcan en todas partes las costumbres cristianas; que se consoliden lo más posible los verdaderos principios en los que se fundamentan las naciones; que reine entre las clases sociales una mutua, justa y sincera estimación de las cosas, unida a la justicia y caridad; que se apaguen los odios, cuyas semillas son gérmenes de nuevas miserias y que frecuentemente impulsan a los ánimos exacerbados hasta el derramamiento de sangre humana, y que, finalmente, mitigadas y apaciguadas las controversias que reinan entre las clases altas y bajas de la sociedad, con justa medida se compongan los justos derechos de ambas partes y de común acuerdo, y con el debido respeto, convivan armoniosamente para utilidad de todos.

Es evidente que sólo la ley cristiana, que la Virgen María Madre de Dios nos anima a seguir pronta y diligentemente, puede lograr plena y firmemente todas estas cosas, con tal de que sea puesta en práctica.

[...]

Muchas son las cosas que en las actuales cir-

cunstancias es necesario que encomienden todos a la tutela de la bienaventurada Virgen y a su patrocinio y potencia suplicante. Pidan en primer lugar que cada uno ajuste cada día más, como hemos dicho, sus costumbres a los preceptos cristianos, con el auxilio de la divina gracia, ya que la fe sin las obras es cosa muerta (cf. Sant 2, 20 y 26), y ya que nadie puede hacer nada, como conviene, por el bien común, si antes él mismo no es un ejemplo de virtud para los demás.

[...]

A estas súplicas comunes añádanse piadosas obras de penitencia, pues el amor a la oración hace «que el alma tenga valor y se pertreche para las cosas arduas y se eleve a las divinas, y la penitencia hace que tengamos imperio sobre nosotros mismos, especialmente sobre nuestro cuerpo, a consecuencia de la antigua culpa, gravísimo enemigo de la razón y de la ley evangélica. Estas virtudes, como claramente se ve, están estrechamente unidas entre sí, se ayudan mutuamente y tienden al mismo fin de apartar al hombre, nacido para el cielo, de las cosas caducas y de llevarle casi a un trato celestial con Dios».

(De la carta encíclica *Fulgens corona* con la que el papa Pío XII decretó la celebración del Año Mariano en todo el mundo con motivo del primer centenario de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción, el 8 de septiembre de 1953.)

Juan Pablo II, el papa mariano

SONSOLES COLADO

EL 50 aniversario de la consagración de España al Corazón Inmaculado de María nos invita a dirigir nuestra mirada a la Virgen y a agradecerle el instrumento precioso del que se ha servido para infundir en la Iglesia un renovado amor a ella: Juan Pablo II.

María ha acompañado día a día al sucesor de san Pedro, a nuestro Pastor y padre en la fe, y a ella le ha concedido el lugar principal de su pontificado y de su vida.

En estas líneas nos acercamos a Juan Pablo II en su andadura de amor y entrega al Cuerpo de Cristo.

«Totus tuus»

El Papa, que inauguró su pontificado con aquel «¡No tengáis miedo!», pronunciado desde la plaza del Vaticano el 22 de octubre de 1978, nos invita a afiliarnos a la «escuela de María», en la que aprendemos a contemplar el rostro de Cristo; ella es el arma poderosa que nos permite ser valientes en cada uno de los momentos de nuestra vida.

«En la escuela de María descubriréis el compromiso concreto que Cristo espera de vosotros, aprenderéis a darle el primer lugar de vuestra vida, a orientar hacia Él vuestros pensamientos y vuestras acciones» (XVIII Jornada Mundial de la Juventud).

Su tan conocido lema pontificio: «Totus tuus», no es, como él mismo señaló, una mera expresión de devoción piadosa. El propio Karol Wojtyła pensó en un principio, que la devoción mariana de su infancia podía alejarle de un cristianismo auténtico con la figura de Cristo como centro; fue entonces, cuando leyendo a san Luis María Grignion de Montfort, entendió que «la verdadera devoción a la Madre de Dios es, sin embargo, cristocéntrica, más aún, que está profundamente radicada en el misterio trinitario de Dios».

El Reino de Cristo, la salvación de las almas y la paz del mundo vendrán precedidos por el Reino de la Inmaculada, por la devoción a su Corazón Inmaculado. ¡A Cristo por María!

Este «todo tuyo», clave de *El Secreto de María*, de san Luis María, ha sido y es también el secreto del Papa.

Con este lema el Papa se entrega a la Virgen en calidad de esclavo como ella lo fue a la voluntad de Dios. María fue la primera en recibir la llamada del

Señor, y también la primera en responder sí: «He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra».

La Virgen María no vaciló en su respuesta porque se fiaba de un Dios que es Padre; por esto fue dichosa, porque creyó la palabra de Dios anunciada por el ángel y la puso en práctica durante toda su vida.

Consagrarse: «consiste en darse como esclavo a María y a Jesús por ella, y además en hacer todas las cosas por María, con María, en María, y para María» (*El Secreto de María*, san Luis María G.M.).

Y, ¿qué es ser esclavo sino poner la voluntad en la de aquel que es amo; vivir pendiente de él y de sus necesidades sin hacer otra cosa que obedecer? El esclavo no tiene vida; el señor es la razón de su vida; vive para hacer lo que el amo diga.

La consagración, por tanto, significa que dejamos de pertenecernos para pertenecer a nuestro dueño, a Aquél que nos compró con su sangre; quiere decir que nos olvidamos de nuestros criterios, y como niños pequeños nos ponemos en las manos de María con todas nuestras cosas, que pasan a ser inmediatamente posesión de Cristo; y es que el Señor siente debilidad por lo frágil y pequeño, y se sirve de ello para llevar a cabo grandes empresas; para extender su reino.

Con esta consagración proclamamos que María reina sobre nuestros pueblos, nuestras familias y nuestros asuntos, que toma parte en nuestras decisiones y proyectos, y nos comprometemos a luchar en cualquiera que sea nuestra vocación cristiana.

María, la esclava del Señor, fue el medio que Dios escogió para venir a nosotros; por tanto, es también el medio que nosotros debemos emplear para llegar a Él. El camino para llegar a Cristo es la Virgen. La forma de ser esclavos de Cristo es ser esclavos de María.

El Papa y Nuestra Señora de Fátima

LA Virgen ha sido una constante en el camino de Juan Pablo II; está convencido de que María es ante todo madre y así la proclamó tras haber sentido su especial protección el 13 de mayo de 1981. Afirma que fue la Virgen quien lo cubrió con su manto salvándolo de aquel disparo de Alí Agca.

Para él no fue casual la fecha del atentado, y durante la convalecencia se refirió a su relación con el mensaje de Fátima; pidió que le llevarsen todos los documentos relacionados con las apariciones de Fátima, y tras leerlos, el Papa dijo al obispo Hnilika: «He llegado a comprender que la única manera de salvar al mundo de la guerra, de salvarlo del ateísmo, es la conversión de Rusia de acuerdo al mensaje de Fátima».

En el primer aniversario del atentado Juan Pablo II fue a Fátima para llevar a cabo la consagración de Rusia, y agradecer a la Virgen que le salvase la vida.

Esta consagración significaría el primer paso para la liberación de la Europa Oriental una vez desaparecida la Unión Soviética.

Es por esto que peregrinamos a Fátima, para poner nuestras obras, nuestras dificultades y esperanzas a los pies de aquella que es «Auxilio de los cristianos».

Fue también en Fátima donde la Virgen nos manifestaba:

«Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. A quien la abrace prometo la salvación. Estas almas serán predilectas de Dios, como flores puestas por mí ante su trono».

Esta es nuestra esperanza: «¡MI CORAZÓN INMACULADO TRIUNFARÁ!»

Si nos entregamos a la Virgen avanzaremos por el camino de la santidad. Sólo estando con ella podremos ver a los demás como ella los ve y amarlos como ella los ama.

María en el magisterio de Juan Pablo II

EN 1987, con motivo de la cercana celebración del 2000 aniversario del nacimiento de Cristo y el final del segundo milenio, el Papa nos

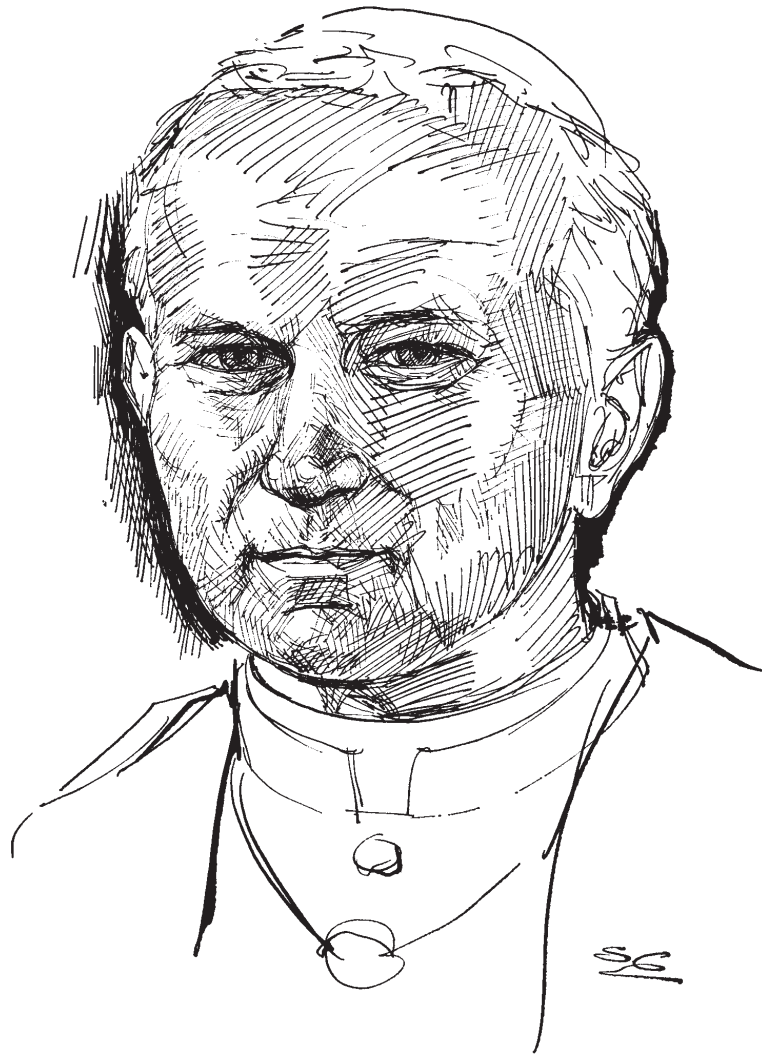
invitó a contemplar el papel que la Madre de Dios ha tenido en la historia con la encíclica *Redemptoris Mater*, sobre la bienaventurada Virgen María en la vida de la Iglesia peregrina.

Esta carta siguió a otras tres encíclicas dedicadas a las tres personas de la Santísima Trinidad:

Redemptor Hominis, *Dives in misericordia*, *Dominum et vivificantem*, y en ella Juan Pablo II insistió en la «peregrinación de la fe» de María.

La peregrinación de nuestra vida encuentra su eco en la de María y por ello reconocemos que María es la estela de todos los que caminamos al encuentro del Padre.

Fue antes de morir cuando Jesús nos entregó lo más precioso que tenía en la persona de Juan: «Hijo, ahí tienes a tu Madre», y nos dice el Evangelio que desde aquel momento el discípulo la acogió en su casa. Desde ese instante, y del mismo modo que hizo san Juan, María acoge



nuestras vidas y nos conforta.

La Virgen, Madre del Redentor y Madre nuestra sale al encuentro de las necesidades del hombre y le limpia el rostro como hizo con su Hijo en la vía dolorosa. Cristo necesitó de una madre para llegar al Calvario, y también nosotros la necesitamos para llevar una vida entregada, para soportar el desaliento y los silencios de Dios en nuestra vida.

También aquel: «Jesús, no tienen vino» de la boda de Caná de Galilea nos manifiesta la maternidad de María, nos demuestra que como madre la Virgen entiende nuestros sufrimientos y los pone ante su Hijo.

En un momento tan difícil como el que vivimos, en el que tenemos que enfrentarnos a la soledad, a aberraciones cometidas contra la familia, guerras y muertes injustas... «¡NO ESTAMOS SOLOS!», po-

demos recurrir a María, dispensadora de todas las gracias.

¡Qué bien sabía esto el Santo Padre! Con tan sólo veinte años, y mientras Cracovia era invadida por los alemanes, Karol Woytila, Lolek, como le llamaban, quedó huérfano de padre; en el camino habían quedado ya su madre y su hermano Edmund.

Este Pastor nuestro ha experimentado en sus propias carnes la persecución, la enfermedad, la soledad ante la muerte de sus familiares y compatriotas... El Papa, en medio de los avatares de su país y de su vida, y desde su fe sólida en la prueba, nos alienta a permanecer en la esperanza mirando a la Virgen María.

La Virgen nos guarda en su regazo de Madre, y por eso, como hijos agradecidos, también nosotros queremos, mediante nuestra consagración, acoger a María en nuestros hogares, en nuestras ciudades y hacerla partícipe de nuestros bienes, de todo lo que somos y tenemos.

María: una constante en la actividad pastoral del Santo Padre

TAL VEZ uno de los calificativos que mejor define a este Papa de personalidad arrolladora y espíritu infatigable sea: «*peregrino*»; porque ¿qué ha sido y qué es el Papa sino un polaco que ha quemado su vida caminando por tierras extranjeras?; a lo largo de sus 26 años de pontificado han sido innumerables los países recorridos y los santuarios visitados por este hombre inigualable en su actividad pastoral y su celo por las almas.

El Papa, peregrino de esta tierra hacia la patria celestial, ha recorrido numerosos senderos saliendo al encuentro de sus hijos en la fe, quienes a través de toda la historia, han erigido templos en honor a la Virgen, para proclamarla así Reina y Madre de sus corazones.

En repetidas ocasiones Juan Pablo II ha viajado a estos santuarios marianos buscando a su Madre.

En el libro *Cruzando el umbral de la esperanza*, el Papa nos revela el nacimiento de su devoción mariana, íntimamente ligada a las visitas que durante su infancia hacía a la Virgen del Perpetuo Socorro en la iglesia parroquial de Wadowice, unida también a la tradición del escapulario del Carmen.

También tuvieron su influencia las numerosas peregrinaciones al santuario de Kalwaria Zebrzydowska, en el que los peregrinos acompañan a la Madre del Redentor en el viacrucis de su Hijo. El fundador del santuario quiso construir la capilla del Gólgota según el modelo de la iglesia de la Crucifixión de Jerusalén, para acercarnos así al misterio de la pasión y muerte del Señor. Al mismo tiempo, colocó una

serie de capillas a lo largo del recorrido que recordaran el camino de María hacia el Calvario, y que ha dado en llamarse «la vía de la compasión de la Madre de Dios».

Antes de concluir su peregrinación a Polonia en agosto de 2002, Juan Pablo II imploró la unidad de Polonia a la Madre de Kalwaria: «que seamos uno entre nosotros y contigo»; finalmente dijo: «En ti pongo todos los frutos de mi vida y de mi ministerio; a ti encomiendo el destino de la Iglesia; a ti entrego mi nación; en ti confío y te declaro una vez más: ¡Totus tuus, María! Totus tuus».

Si alguno de estos lugares tuvo especial relevancia durante su niñez fue el santuario de Czestochowa, al que Karol Woytila tantas veces viajó con su padre, y al que han estado ligados muchos de los acontecimientos más importantes de la vida de Polonia.

Durante siglos el pueblo polaco ha acudido a la colina de Jasna Góra en busca de la fuerza y el consuelo de la Virgen Negra.

También el santuario de Nuestra Señora de Lourdes en Francia, es un lugar con el que el Papa ha estado especialmente vinculado. En Lourdes se unen la presencia de María y la enfermedad de los que peregrinan invocando a la Virgen como «Salud de los enfermos». El Papa sufre con los que sufren y les dirige palabras de consuelo.

En este recorrido es inevitable volver la vista hacia tierras portuguesas, puesto que en el pontificado de Juan Pablo II resulta singular la presencia maternal de la Virgen bajo la advocación de Nuestra Señora de Fátima.

Esta historia de amor de Madre e hijo, comenzó aquel 13 de mayo de 1981 cuando el terrorista Alí Agca intentó cobrarse su vida.

En 1984, como prueba de gratitud a su Madre, el Papa donaría al santuario de Fátima la bala que le extrajeron. Asimismo, donó la faja blanca que vestía el día del atentado, al citado santuario polaco de Jasna Gora.

Por último, y como muestra de la presencia continua de María en el ministerio de Juan Pablo II, cabe citar las numerosas visitas de Su Santidad al santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, Madre de la Iglesia mexicana y de toda la América Latina.

La Virgen pronto fue conocida y amada por los aborígenes americanos, y en su honor levantaron ermitas y altares.

La Virgen no ha cesado de enviar sobre Latinoamérica una lluvia de rosas como aquellas que el indio Juan Diego recogió por petición de la Virgen.

En 1997, los miembros del Sínodo especial de obispos de América invocaron a la Virgen de Guadalupe como «Patrona de todas las Américas»; dos años más tarde, en 1999, en el viaje pastoral del

Papa a México, proclamó a la Virgen del Tepeyac «Estrella del Nuevo Mundo»:

«¡Oh, Madre!, Tú conoces los caminos que siguieron los primeros evangelizadores del Nuevo Mundo, desde la isla de Guanahani y La Española hasta las selvas del Amazonas y las cumbres andinas, llegando hasta la Tierra del Fuego en el sur y los grandes lagos y montañas del Norte. Acompaña a la Iglesia que desarrolla su labor en las naciones americanas, para que sea siempre evangelizadora y renueve su espíritu misionero».

Que como el pequeño indio Juan Diego, que no tuvo miedo de mirar a María, también nosotros tengamos nuestros ojos fijos en ella y no temamos recibir los dones que quiere entregarnos.

Jornadas mundiales de la juventud

Si en algo se ha distinguido este Papa peregrino ha sido en su profundo amor y respeto por los jóvenes, en los que tiene puesta su esperanza para la nueva evangelización: «*Vosotros sois la esperanza de la Iglesia y del mundo. Vosotros sois mi esperanza*» (22 de octubre de 1978: inauguración de su pontificado).

El Papa siempre ha creído en la juventud, una juventud que siente la necesidad de ser amado y de vivir amando y que busca a Jesucristo en la persona de Juan Pablo II.

Con motivo del Año Jubilar de la Redención (1984) y más tarde con la convocatoria del Año Internacional de la Juventud (1985), los jóvenes fueron invitados a Roma donde, en 1986, tuvo lugar la I Jornada Mundial de la Juventud con el lema: «Siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza».

Así comenzaron estos encuentros internacionales que han ido teniendo lugar en Polonia (1991), Denver (1993), Filipinas (1995), París (1997) o Roma en el año del Jubileo 2000; con especial cariño recordamos la jornada que tuvo lugar en Santiago de Compostela en 1989.

En todas estas jornadas el Papa siempre ha insistido en la idea de la filiación a la «*escuela de María*».

Dos hitos en el pontificado de Juan Pablo II

AÑO MARIANO DE 1988

COMO fruto de la encíclica *Redemptoris Mater* Juan Pablo II anunció en Roma el AÑO DE MARÍA, que comenzó el 17 de junio de 1987 y se clausuró el 15 de agosto de 1988.

Durante catorce meses la mirada de todos los fieles se centró en María, la Madre del Señor y de los hombres, y fueron muchas las celebraciones especiales que tuvieron lugar en todas las iglesias y capillas en honor de la Virgen. El mundo entero pronunció su nombre de manera más sentida aquel año de 1988.

Con ocasión de este Año Mariano el Papa nos dirigió una carta apostólica sobre la dignidad y la vocación de la mujer: *Mulieris dignitatem*.

En ella nos habla del origen de la dignidad de aquella que fue la «MUJER» y la femineidad por excelencia; con su «sí» libre, María se convirtió en la Madre de Dios pero sin perder nunca la conciencia de ser una criatura pequeña pero eso sí, creada por amor a imagen y semejanza de Dios. De este hecho se deriva la dignidad del ser humano, ya sea hombre o mujer. Nos dice el Papa:

«El ser humano es el único ser entre las criaturas que Dios ha amado por sí mismo; es por consiguiente una persona. El ser persona significa tender a su realización, cosa que no puede llevarse a cabo si no es en la entrega de sí mismo a los demás».

ENCÍCLICA *ROSARIUM VIRGINIS MARIAE*: PROCLAMACIÓN DEL AÑO DEL ROSARIO

ESTA oración sencilla, aunque marcadamente mariana, ha ayudado a los grandes santos a contemplar el rostro de Cristo quien nos obtiene abundantes gracias por medio de su Madre.

Por eso el Papa en octubre de 2002 nos dirigió esta carta apostólica en la que nos invitaba a aferrarnos al Rosario en todos los momentos de nuestra vida.

El Rosario es la oración preferida del Santo Padre porque es también la predilecta de la Virgen; en Fátima insistió de manera especial en el rezo del Rosario cada día cuando se apareció a los tres pastorcitos de Fátima; a ellos les insistió en la urgencia del sacrificio y la oración y sobre todo en el valor de esta práctica humilde y profunda: «¿Qué hacéis? ¡Orad! ¡Orad mucho! Los corazones de Jesús y María tienen sobre vosotros designios de misericordia. Ofreced constantemente al Altísimo oraciones y sacrificios».

Nos dice la encíclica: «Recorrer con María las escenas del Rosario es como ir a la «escuela» de María para leer a Cristo, para penetrar sus secretos, para entender su mensaje».

Cuando rezamos el Rosario nos asomamos como por el ojo de una cerradura a contemplar cada uno de los momentos de la vida de María con su Hijo; ella fue la que vivió más cerca del Señor y por eso nos acercamos a la Virgen para ver cómo le miraba,

cuál era su trato, para experimentar sus gozos y sufrimientos.

Si queremos que nuestras familias entren a formar parte de la escuela de María, de la escuela de Nazaret, debemos sentarnos juntos a pasar las cuentas del Rosario y pedirle a nuestra Madre que nos haga semejantes a ellos: pequeños, pobres, pacientes y entregados.

«No os avergoncéis de rezar el Rosario a solas, mientras vais al colegio, a la Universidad o al trabajo, por la calle y en los medios de transporte público; habituaros a rezarlo entre vosotros, en vuestros grupos, movimientos y asociaciones; no dudéis en proponer su rezo en casa, a vuestros padres y hermanos, porque el Rosario renueva y consolida los lazos entre los miembros de la familia. Esta oración os ayudará a ser fuertes en la fe, constantes en la caridad, y alegres y perseverantes en la esperanza» (Mensaje del Santo Padre para la XVIII Jornada Mundial de la Juventud)

El Papa insiste en la necesidad de pedirle al Señor y nos recuerda sus palabras: «Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá» (Mt 7,7); la mejor forma de conseguir algo de Dios es haciéndolo por medio de santa María porque nosotros muchas veces no sabemos pedir aquello que nos conviene.

El Santo Rosario es además la oración de la paz, y así lo han proclamado los precursores del Santo Padre.

Las apariciones de julio de la Virgen de Fátima a los tres pastorcitos evidenciaron también la necesidad que tiene el mundo del Corazón Inmaculado de María; después de mostrar a los niños el infierno la Virgen les dice:

«Habéis visto el infierno, adonde van las almas de los pobres pecadores. Para salvarlas Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. Si hicieran lo que os digo se salvarán muchas almas y tendrán la paz. La guerra va a terminar. Pero si no dejaran de ofender a Dios, en el reinado de Pío XI comenzará otra peor (...) Para impedirlo vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón y la comunión reparadora de los primeros sábados. Si atendieran mis peticiones, Rusia se convertirá y habrá paz. Si no, esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones de la Iglesia (...) Por fin mi Inmaculado Corazón triunfará»

La propia Jacinta al despedirse de Lucía para ir al Hospital de Lisboa le dice: «Di a todo el mundo que Dios nos concede las gracias por medio del Corazón Inmaculado de María, que se las pidan a ella. Que el Corazón de Jesús quiere que, a su lado, se venere el Corazón Inmaculado de María. Que pidan

la paz al Inmaculado Corazón de María que Dios se la ha concedido a ella»

Viendo como la devoción al Corazón de María servirá para alcanzar de Dios el don de la paz, comprenderemos el valor del rezo del Rosario en cualquier ocasión de nuestra vida.

Conclusión: frutos de renovación en la vida de la Iglesia por intercesión de María

ESTA espiritualidad del «Totus tuus», tan propia de Juan Pablo II, se ha visto materializada en la Iglesia en el nacimiento de numerosos movimientos laicos, hermandades y congregaciones de marcado carácter mariano.

Esto nos hace pensar que a pesar de que vivimos tiempos de especial tribulación ante la amenaza de la guerra y la apostasía de Europa, tenemos motivos para la esperanza y la gratitud. Juan Pablo II, este servidor incansable de la humanidad ha sido un regalo para la Iglesia a la que conduce hacia el tercer milenio de la mano de María.

Para terminar este artículo os propongo la lectura de estas palabras de san Bernardo para que las hagamos nuestras:

«Quienquiera que seas el que en la impetuosa vorágine de este siglo te miras más bien fluctuando entre borrascas y tempestades que andando por el suelo, no apartes los ojos del resplandor de esta Estrella si quieres no ser oprimido de las borrascas. Si se levantan los vientos de las tentaciones, si tropezares en los escollos de las tribulaciones, mira a la Estrella, llama a María.

»Si fueres agitado por las olas de la soberbia, o de la detracción, o de la ambición, o de la emulación, mira a la Estrella, llama a María.

»Si la ira o la avaricia o el deleite carnal sacudiera a la navicilla de tu alma, mira a María.

»Si turbado ante la enormidad de tus culpas, confuso ante la vida de la fealdad de tu conciencia, aterrado ante la idea del juicio comienzas a ser sumergido en la sima del fondo de la tristeza en el abismo de la desesperación, piensa en María, invoca a María.

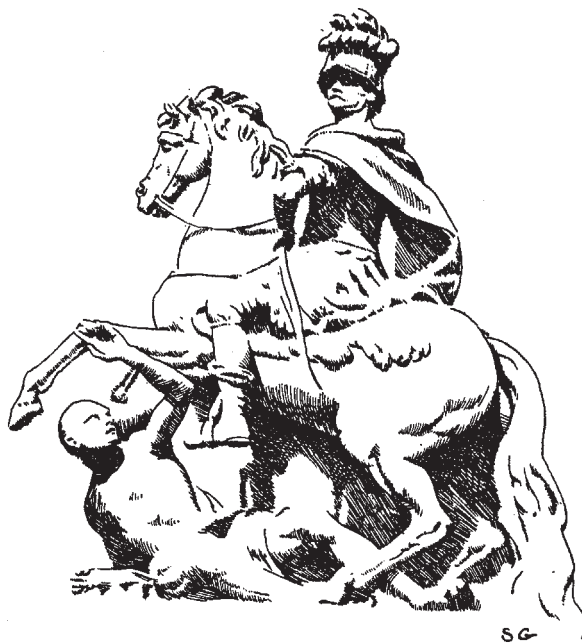
»No se aparte María de tu boca, no se aparte de tu corazón; y, para conseguir los sufragios de su intercesión, no te desvíes de los ejemplos de su virtud.

»No te extravías si la sigues, no desesperas si le ruegas, no te pierdes si en ella piensas. Si ella te tiene de su mano, no caes, si ella te protege nada temas; si ella te guía, no te fatigas; si ella te ampara, llegas al puerto; y, así, en ti mismo experimentarás con cuánta razón se dijo:

»Y el nombre de la Virgen era MARÍA.»

El cardenal Wyszynski, la consagración de Polonia a María en 1956 y su significado

MIQUEL BORDAS



Monumento a Jan Sobieski en Varsovia.

UNA visión preliminar y necesaria para acercarnos al objeto del presente trabajo no puede sino partir de una sucinta reseña de la historia de Polonia, como estado y nación.

Ni el más militante de los ateos polacos negará que este país nació con el bautismo del príncipe Mieszko I, condición que le fue exigida para casarse con la princesa morava, Dobrawa. La conversión del príncipe conllevó un pronto bautismo de todos sus vasallos y la integración de Polonia con el resto de Europa.¹

Desde sus comienzos, el pueblo polaco ha vivido consciente de una especial relación filial con Nuestra Señora. ¿Cómo se puede justificar esta devoción tan especial? ¿Será por la influencia del cristianismo oriental, cuya tradición mariológica huelga traer aquí a colación, o quizá por la especial relevancia de la figura de la madre en la sociedad polaca?

A modo de ejemplo, ya en el medioevo, los ejércitos polacos entonaban el *Bogurodzica* antes de cada batalla, encomendándose a su patrona. Un sinnúmero de santuarios y lugares de culto van poblando el territorio del país. La Reforma, que surge tan cerca, a

1. Curiosamente, este proceso se repitió siglos más tarde, cuando el príncipe lituano Jagiello se casó con la reina de Polonia, Eudevigius. Este matrimonio propició la conversión de toda Lituania, así como una alianza política y afinidad entre ambas naciones que perduró hasta el siglo XIX.

pesar de la excepcional tolerancia² de la Corona hacia las diferentes confesiones y sectas protestantes y calvinistas, si bien tuvo cierto auge entre la orgullosa aristocracia y la pudiente burguesía de raigambre germana, no pudo arrancar el tesoro de la fe al pueblo llano, formado sobre todo por el estado campesino. Éste supo custodiar y supo transmitir admirablemente, de padres, o mejor dicho de madres, a hijos, esta devoción y confianza en su Madre.

A su vez, es en las regiones orientales de la Gran Polonia donde se produce el intento de unión entre católicos y ortodoxos, con el nacimiento de la Iglesia católica oriental o grecolatina.

El rey Jan Kazimierz, hace más de tres siglos, en una época especialmente difícil para Polonia por la invasión sueca, proclamó en Czestochowa a Nuestra Señora como Madre y Reina de Polonia.

Jan III Sobieski en 1683 venció milagrosamente a los turcos en el asedio de Viena, en una gesta ciertamente infravalorada en Occidente, pero cuya trascendencia es obvia, ya que de haber caído la capital imperial, tal vez el porvenir de nuestro continente, dividido y desangrado por la guerra de los Treinta Años, resultara distinto.

No está de más indicar que este ferviente abandono a Nuestra Señora se intensifica de modo particular en las situaciones dolorosas para la Nación.

2. Polonia desconoció prácticamente la Inquisición.

Penoso y duro fue el Reparto de Polonia entre las tres potencias: Rusia, Prusia y Austria, por más de 120 años. Éstas pusieron todos los medios y el empeño para erradicar el idioma, la cultura y también la fe en algunos casos. Mas lo único que consiguieron fue que el país como tal no constara en los mapas de la época. En 1920, tras haber gozado un año de la anhelada independencia, el futuro del país se ve en entredicho por la invasión bolchevique, que no sólo pretendió anexionar Polonia a la URSS, sino propagar la Revolución comunista en Alemania. Una vez más, ante la súplica del pueblo amenazado, se muestra el poder de Nuestra Señora, que derrota inexplicablemente al rabioso enemigo.

¿Qué decir de la segunda guerra mundial? ¿Habrá habido otra sociedad tan sistemáticamente aniquilada? El ejemplo de san Maximiliano Kolbe bien puede ser ilustrativo de cómo el pueblo se agarró a María como única esperanza para sobrevivir y superar tiempos tan oscuros, aparentemente sin esperanza alguna.

Hoy en día, pocos son los polacos que abiertamente osan poner en cuestión la realidad de su intervención y los palpables e inmediatos efectos que semejante abandono a la Madona ha producido y continúa produciendo en beneficio del destino de la nación en su poco pacífica historia.

La consagración a María en 1956 y el cardenal Wyszyński

Lo hasta aquí brevemente recordado tiene su exponente más claro y, por qué no, trascendente, con los votos del cardenal Stefan Wyszyński, que se pronunciaron en Jasna Góra el 26 de septiembre de 1956.

El cardenal Stefan Wyszyński nació en el pueblo de Zuzela, en el seno de una humilde familia. A la edad de 9 años, al igual que Juan Pablo II, perdió a su madre Juliana, de apenas 33 años.

El culto mariano respirado en su familia tendrá una gran influencia en su vida y es en su sacerdocio donde se hace visible sobremanera esta comunión con Nuestra Señora. Posteriormente, como primado, se sintió ligado de modo especial con el trono de la Reina de Polonia en Jasna Góra, santuario al que volvería con frecuencia. No es de extrañar que allí celebrara su primera misa.

El estallido de la segunda guerra mundial fortaleció más si cabe su amor a María. En el hospicio para invidentes de Laski, donde se refugiaba, al figurar en las listas nazis de personas de liquidación inmediata por la Gestapo, el mismo cardenal contará que en su trabajo con los ciegos, jamás fueron obligados a posponer el rezo del rosario vespertino, incluso en

período de las más duras actuaciones bélicas.

Tras la segunda guerra mundial, fue rector del seminario de Wloclawek, pero rápidamente fue nombrado obispo de Lublin el 25 de marzo de 1946. El 22 de octubre de 1948 tras la muerte de Augusto Hondl, Pío XII le nombró arzobispo de Varsovia y Gniezno, cargo que confiere una preeminencia en la representación de la Iglesia en Polonia. El inicio de su ministerio arzobispal se solapa con el recrudecimiento de las relaciones Iglesia-Estado, debido a la creciente ingerencia de éste en la jurisdicción eclesiástica y los ataques propagandísticos contra aquélla. La Santa Sede, observando atentamente la situación y ciertamente con ánimo de reafirmación de la Iglesia en Polonia, le elevaría a cardenal el 12 de enero de 1953, aunque no pudo trasladarse a Roma para recibir el título, puesto que las autoridades no quisieron expedirle el pasaporte. A partir del 14 de febrero de 1953 se recrudecen las persecuciones. Es entonces cuando el cardenal declarará que lo abandonaba todo a María. La conferencia episcopal de 8 de mayo prepararía el célebre memorial *Non possumus* al Gobierno. Dicho memorial constituyó una clara y firme oposición a las autoridades estatales, especialmente por querer éstas controlar el nombramiento de sedes eclesiásticas, así como por su acusación a la Iglesia de traición de Estado. El 25 de septiembre de 1953 el Primado es arrestado y durante los tres años siguientes se vería privado de su libertad.

Durante el tiempo de su internamiento, en la fiesta de la Inmaculada de 1953, se entregó personalmente a María, con el siguiente acto:

ACTO DE ENTREGA A MARÍA AUXILIADORA

¡Madre de Dios, María Inmaculada! A ti consagro cuerpo y alma, todos los pensamientos y trabajos, alegrías y sufrimientos, todo lo que soy y poseo.

Con corazón solícito me entrego a ti en la esclavitud del amor. Te dejo la completa libertad para que uses de mí en orden a la salvación de los hombres y en auxilio de tu santa Iglesia, de quien eres Madre. Quiero desde ahora realizarlo todo contigo, por ti y para ti. Sé que con mis propias fuerzas, no conseguiré nada. Tú siempre puedes todo aquello que es voluntad de tu Hijo y siempre vences. Haz pues, Auxiliadora de los fieles, que toda mi familia y parroquia sean efectivamente Reino de tu Hijo y tuyo. Amen.

Por este ofrecimiento se explica la resistencia y la superación de las dificultades que mostró el primado en el transcurso de su cautiverio, así como el



San Maximiliano María Kolbe

éxito en la dura tarea de guiar a la Iglesia en todo el período de su carencia.

Este acto no fue espontáneo. Es fruto de una consecuente encomienda diaria de su vida a la Virgen Inmaculada, de una renovación permanente de la misma, en cada instante. En ella el cardenal también veía la senda perfecta hacia Jesús para toda la nación polaca. La preocupación por la Iglesia en Polonia le llevó a componer el 16 de mayo el texto de los votos de Jasna Góra, texto que se pudo transmitir al exterior, siendo finalmente pronunciado solemnemente el 26 de agosto del mismo año en Czestochowa, y cuyo tenor es el siguiente:

ACTO DE CONSAGRACIÓN AL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA

¡Virgen Madre de Dios, Madre de la Iglesia, Reina de Polonia y Señora nuestra de Jasna Góra, dada a nosotros para la defensa de la nación polaca! En presencia de Dios, en su Trinidad Santa, en profunda unión con la Cabeza de la Iglesia católica y romana, el Santo Padre Pablo VI, nosotros, el primado de Polonia y los obispos de Polonia, reunidos a los pies de tu trono de Jasna Góra, en compañía de los representantes de tu nación creyente —clérigos y Pueblo de Dios, de las diócesis y parroquias—, en unión con la Polonia mundial, entregamos hoy, con corazón confiado, en tu

eterna esclavitud de amor a todos los hijos de Dios de la nación bautizada y todo lo que constituye Polonia, para la libertad de la Iglesia en el mundo y en nuestra patria, para la expansión del Reino de Cristo en la tierra. Nos entregamos, así, a la esclavitud del amor, por la Iglesia a Polonia entera, nuestra amadísima patria, a toda la nación polaca, que vive en el país y allende las fronteras. En lo sucesivo, la mejor Madre y nuestra Reina de Polonia, considéranos a nosotros, los polacos, como nación propiedad enteramente tuya, como instrumento en tus manos en favor de la Iglesia santa, a quien debemos la luz de la fe, las virtudes de la cruz, la unidad espiritual y la paz de Dios. Haz de nosotros ¡lo que quieras! Deseamos realizar lo que nos pidas, con tal de que Polonia por siempre mantenga íntegro el tesoro de la santa fe y la Iglesia en nuestra patria goce de su debida libertad; ¡ a fin de que contigo y por ti, Madre de la Iglesia y Virgen Auxiliadora, devengamos verdadera ayuda a la Iglesia universal en la construcción del Cuerpo de Cristo en la tierra! Con este objetivo deseamos vivir a partir de ahora, como nación católica, mediante el trabajo para mayor gloria de Dios y para bien de la patria terrena. Entregados a ti en esclavitud, deseamos realizar en nuestra vida personal, familiar, social y nacional, no nuestra voluntad, mas la tuya y de la de tu Hijo, que es el amor mismo.

Estos votos representan la cumbre más visible del camino mariano del primado del milenio, vía que a través de sufrimientos personales y de toda la nación, conducía a abandonarse en la esclavitud amorosa de María a toda Polonia y a todos sus hijos, dondequiera que vivieran.

Aunque en aquella jornada, el trono del primado estuvo vacante, con un ramo de flores blancas y bermejas, según la bandera polaca, los «efectos» de la consagración no se hicieron esperar. El nuevo gobierno de Gomulka liberó al cardenal el 26 de octubre de 1956. En 1966 fue posible celebrar el milenario del bautismo de Polonia y la consiguiente organización del país como tal, aún cuando las autoridades comunistas no permitieron la entrada al papa Pablo VI, que había expresado su deseo de participar en las festividades por la ocasión.

Desde la óptica presente y tratando de volver la vista atrás con ojos de fe, la intervención activa de María en la historia reciente de Polonia desde 1956 es más que palpable: relativa libertad de la que goza la Iglesia en dicho país bajo el régimen comunista a partir de este momento, a pesar de que el régimen se definía formalmente ateo, libertad mucho mayor que la del resto de estados de aquel lado del Telón de Acero, la cohesión nacional alrededor de la Iglesia,

nacimiento de Solidaridad y progresiva descomposición del régimen comunista, elección papal de Karol Wojtyła, estado de guerra sin mayor derramamiento de sangre y la tan deseada liberación del comunismo en 1989.

Ahora bien, el nuevo horizonte que se abrió con el comienzo de los noventa, con todas las ilusiones y expectativas creadas, con el paso del tiempo se va poblando de plomizos nubarrones, interrogantes de difícil solución, que cuestionan la identidad y el porvenir de la nación:

El materialismo del libre mercado y los estándares de vida y trabajo únicamente guiados por la ganancia egoísta y la satisfacción de necesidades temporales, se han expandido en muchas capas de la población, toda vez que el crecimiento económico, tan desigual, provoca fuertes desequilibrios y tensiones. Así, el desempleo y progresivo empobrecimiento de amplios sectores de la sociedad, más débiles y menos preparados, son favorecidos por la nueva situación, resultando abono fácil para políticos demagogos, que incrementan su popularidad frente a una desacreditada clase política incompetente, corrupta y muchas veces marcada por su anterior pertenencia a las estructuras del Partido.

Sin embargo, no es el bienestar social y el crecimiento económico la mayor incógnita que se presenta frente al futuro inmediato de Polonia. La apertura del país a Occidente, más que propiamente apertura, ha supuesto la «invasión» de este último al primero. En esta ocasión no se trata sólo de una entrada de inversiones económicas, tantas veces cortas de miras, que derivan frecuentemente en expolio de la riqueza nacional, sino principalmente de una profusión ideológica de «valores» del Oeste, patrones que, de una manera más o menos abierta, vienen a contradecir los valores y las instituciones tradicionales:

La exaltación del individualismo, la relativización de los valores acompañada de la profusión de ideas liberales, la importación de modelos culturales ajenos, así como la secularización creciente de la sociedad, desembocan en posturas, hoy en día con diferencia minoritarias, que gozan de influencia y difusión, merced al control que ejercen de los medios de comunicación. Voces que abogan por las políticas desintegradoras de la familia, la legalización del aborto y eutanasia, la laicidad del Estado, en un país en un 95 % católico, el pretendido reconocimiento de los derechos de homosexuales y una larga lista de «progresos» de sobras conocida...

Lo anterior ha hecho tambalear la sociedad tradicional, la familia y la dignidad de la persona, con graves consecuencias: extendido sentimiento de frustración, en especial entre los jóvenes, pérdida del crédito de la Iglesia y críticas cada vez más fuer-

tes, aumento de las tasas de suicidio y de drogodependencia, incremento del divorcio, violencia de género, radicalización de sectores marginales, neonazis...

El 1 de mayo del presente año Polonia ha entrado a formar parte de la Unión Europea. Visto lo antecedente, no son exagerados ni injustificados la preocupación y los temores que nacen en muchos corazones polacos ante este acontecimiento histórico, y más aún cuando se atiende a supuestos cercanos, como en el caso de España.

En contra de la desalentadora perspectiva, una llamada se despierta de nuevo a acudir al amparo de la Madre, la que nunca defrauda y que tanta predilección ha mostrado y continuará mostrando por su pueblo. Y con esta firme esperanza y bajo tan privilegiado manto, los pueblos de Polonia y Europa podrán proseguir más unidos que nunca su andadura hacia Jesucristo.

OTRA ORACIÓN QUE REZABA EL CARDENAL WYSZYNSKI A NUESTRA SEÑORA

¡Oh, María! Virgen poderosa y Madre de misericordia, Reina del cielo, Refugio de pecadores, nos consagramos a tu Corazón Inmaculado. Te ofrecemos todo nuestro ser y toda nuestra vida, todo lo que poseemos, todo lo que amamos, todo lo que somos. ¡A ti pertenezcan nuestros corazones y almas, nuestros hogares, familias y nuestra patria! Queremos que todo lo que está en nosotros y a nuestro alrededor, te pertenezca y que participe en tus bendiciones maternales. Al efecto de que esta consagración sea eficaz y perdurable, renovamos hoy bajo tus pies, oh, María, las promesas efectuadas en el Bautismo y en la Primera Comunión. Te juramos que siempre manifestaremos con valentía las verdades de la santa fe, viviremos como verdaderos católicos, sumisos a las instrucciones del Santo Padre y de los obispos ligados a él. Te juramos que mantendremos los mandamientos de Dios y de la Iglesia, en especial la observancia de los festivos. Te juramos que introduciremos en nuestras vidas, en la medida en que sea posible, la alegría dimanante de la práctica de la vida cristiana, y sobre todo de la comunión frecuente. Te juramos finalmente, oh, gloriosa Madre de Dios y cariñosa Madre de los hombres, entregarnos de todo corazón al servicio de tu bendito culto, para avivar y asegurar –por mediación del señorío de tu Corazón Inmaculado –el Reinado del Sagrado Corazón de tu Hijo en nuestras almas y en todas las demás almas, en nuestra nación y en el mundo entero, así en la tierra como en el cielo. Amen.

El Papa pone en manos de María el mundo azotado por la violencia

En la audiencia general del pasado 24 de marzo, el Santo Padre renovó en la plaza de San Pedro el acto con el que confió a la humanidad al Corazón Inmaculado de María el 25 de marzo de 1984, Año Santo de la Redención, «respondiendo a lo que había pedido Nuestra Señora en Fátima». El Papa, en una carta precedente, había pedido a los obispos de todo el mundo que cumplieran con este mismo acto de entrega a María en su propia diócesis. Sor Lucía, la vidente de las apariciones de María en Cova de Iria, confirmó más tarde que este acto solemne y universal de consagración correspondía a los deseos de la Virgen.

1. Mañana celebraremos la solemnidad de la Anunciación, que nos permite contemplar la encarnación del Verbo eterno, hecho hombre en el seno de María. El «sí» de la Virgen abrió las puertas a la realización del designio salvador del Padre celestial, designio de redención para todos los hombres. Esta fiesta, que este año cae en el corazón de la Cuaresma, si bien nos remonta a los orígenes de la salvación, nos invita también a dirigir la mirada hacia el misterio pascual. Contemplemos a Cristo crucificado que ha redimido a la humanidad, cumpliendo hasta el final la voluntad del Padre. En el Calvario, en los últimos instantes de vida, Jesús nos confió a María como Madre y nos entregó a ella como hijos.

Asociada al misterio de la Encarnación, la Virgen coparticipa en el misterio de la Redención. Su «fiat», que recordaremos mañana, se hace eco del del Verbo encarnado. En íntima sintonía con el «fiat» de Cristo y de la Virgen, cada uno de nosotros está llamado a unir su propio «sí» a los misteriosos designios de la Providencia. Sólo de la plena adhesión a la voluntad divina surgen esa alegría y esa paz auténticas que todos deseamos ardientemente, también para nuestro tiempo.

2. En la víspera de esta fiesta, cristológica y mariana al mismo tiempo, mi pensamiento se dirige a algunos momentos significativos de mi pontificado: al 8 de diciembre de 1978, cuando en la basílica de Santa María la Mayor puse en manos de María a la Iglesia y al mundo; el 4 de junio del año siguiente, cuando renové este acto de entrega en el santuario de Jasna Góra. En particular, pienso en el 25 de marzo de 1984, Año Santo de la Redención. Han pasa-

do veinte años desde aquel día, cuando en la plaza de San Pedro, en unión espiritual con todos los obispos del mundo precedentemente «convocados», quise confiar a toda la humanidad al Corazón Inmaculado de María, respondiendo a lo que había pedido Nuestra Señora en Fátima.

3. Entonces, la humanidad vivía momentos difíciles, de gran preocupación e incertidumbre. Veinte años después, el mundo sigue marcado por el odio, la violencia, el terrorismo y la guerra. Entre las numerosas víctimas que la crónica diaria registra, se encuentran muchas personas indefensas, golpeadas mientras cumplen su deber. En la jornada de hoy, dedicada al recuerdo y a la oración por los «Misioneros mártires», no podemos dejar de recordar a los sacerdotes, personas consagradas y fieles laicos fallecidos en tierra de misión en el transcurso del año 2003. Tanta sangre sigue siendo derramada en muchas regiones del planeta. Sigue siendo urgente la necesidad de hombres que abran los corazones a un esfuerzo valiente de recíproca comprensión. Cada vez se hace más intensa la sed de justicia y paz en todas las partes de la tierra. ¿Cómo no responder a esta sed de esperanza y de amor recurriendo a Cristo, por medio de María? A la Virgen Santa le repito también hoy la súplica que le dirigí entonces.

«Madre de Cristo, que se revele una vez más, en la historia del mundo, la infinita potencia salvadora de la Redención: ¡potencia del Amor misericordioso! ¡Que éste detenga el mal! ¡Que transforme las conciencias! ¡Que en tu Corazón Inmaculado se revele para todos la luz de la esperanza!»



La consagración del mundo a la Virgen por Juan Pablo II

Fragmentos del documento redactado por monseñor Tarcisio Bertone, secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe, que sirvió de presentación del tercer secreto de Fátima.

Fátima es sin duda la más profética de las apariciones modernas. La primera y la segunda parte del «secreto» se refieren sobre todo a la aterradora visión del infierno, la devoción al Corazón Inmaculado de María, la segunda guerra mundial y la previsión de los daños ingentes que Rusia, en su defecación de la fe cristiana y en la adhesión al totalitarismo comunista, provocaría a la humanidad.

Nadie en 1917 podía haber imaginado todo esto: los tres *pastorinhos* de Fátima ven, escuchan, memorizan, y Lucía, la testigo que ha sobrevivido, lo pone por escrito en el momento en que recibe la orden del obispo de Leiria. El papa Juan XXIII decidió devolver el sobre lacrado al Santo Oficio y no revelar la tercera parte del «secreto».

Pablo VI leyó el contenido con el Sustituto, S. E. Mons. Angelo Dell'Acqua, el 27 de marzo de 1965 y devolvió el sobre al Archivo del Santo Oficio, con la decisión de no publicar el texto.

Juan Pablo II, por su parte, pidió el sobre con la tercera parte del «secreto» después del atentado del 13 de mayo de 1981.

Como es sabido, el papa Juan Pablo II pensó inmediatamente en la consagración del mundo al Corazón Inmaculado de María y compuso él mismo una oración para lo que definió como «Acto de consagración», que se celebraría en la basílica de Santa María la Mayor el 7 de junio de 1981.

Pero el Santo Padre, para responder más plenamente a las peticiones de «Nuestra Señora», quiso explicitar durante el Año Santo de la Redención el

acto de consagración del 7 de junio de 1981, repetido en Fátima el 13 de mayo de 1982. Al recordar el *fiat* pronunciado por María en el momento de la Anunciación, en la plaza de San Pedro el 25 de marzo de 1984, en unión espiritual con todos los obispos del mundo, precedentemente «convocados», el Papa consagra a todos los hombres y pueblos al Corazón Inmaculado de María, en un tono que evoca las angustiadas palabras pronunciadas en 1981.

Sor Lucía confirmó personalmente que este acto solemne y universal de consagración correspondía a los deseos de Nuestra Señora («*Sim, está feita, tal como Nossa Senhora a pediu, desde o dia 25 de março de 1984*»: «Sí, desde el 25 de marzo de 1984, ha sido hecha tal como Nuestra Señora había pedido»: carta del 8 de noviembre de 1989).

La decisión del Santo Padre Juan Pablo II de hacer pública la tercera parte del «secreto» de Fátima cierra una página de historia, marcada por la trágica voluntad humana de poder y de iniquidad, pero impregnada del amor misericordioso de Dios y de la atenta premura de la Madre de Jesús y de la Iglesia.

La acción de Dios, Señor de la historia, y la corresponsabilidad del hombre en su dramática y fecunda libertad, son los dos goznes sobre los que se construye la historia de la humanidad.

La Virgen que se apareció en Fátima nos llama la atención sobre estos dos valores olvidados, sobre este porvenir del hombre en Dios, del que somos parte activa y responsable.

«Quisiera al final volver aún sobre otra palabra clave del “secreto”, que con razón se ha hecho famosa: “mi Corazón Inmaculado triunfará”. ¿Qué quiere decir esto? Que el corazón abierto a Dios, purificado por la contemplación de Dios, es más fuerte que los fusiles y que cualquier tipo de arma. El *fiat* de María, la palabra de su Corazón, ha cambiado la historia del mundo, porque ella ha introducido en el mundo al Salvador, porque gracias a este “sí” Dios pudo hacerse hombre en nuestro mundo y así permanece ahora y para siempre. El Maligno tiene poder en este mundo, lo vemos y lo experimentamos continuamente; él tiene poder porque nuestra libertad se deja alejar continuamente de Dios. Pero desde que Dios mismo tiene un corazón humano y de ese modo ha dirigido la libertad del hombre hacia el bien, hacia Dios, la libertad hacia el mal ya no tiene la última palabra. Desde aquel momento cobran todo su valor las palabras de Jesús: “padeceréis tribulaciones en el mundo, pero tened confianza; yo he vencido al mundo” (Jn 16,33). El mensaje de Fátima nos invita a confiar en esta promesa.» *Comentario teológico al tercer secreto de Fátima. Joseph Card. Ratzinger, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe.*

Consagración de todos los hombres y pueblos al Corazón Inmaculado de María

*Texto de la consagración llevada a cabo
por Juan Pablo II el 25 de marzo de 1984*

«He aquí que, encontrándonos hoy ante ti, Madre de Cristo, ante tu Corazón Inmaculado, deseamos, junto con toda la Iglesia, unirnos a la consagración que, por amor nuestro, tu Hijo hizo de sí mismo al Padre cuando dijo: “Yo por ellos me santifico, para que ellos sean santificados en la verdad” (Jn 17, 19). Queremos unirnos a nuestro Redentor en esta consagración por el mundo y por los hombres, la cual, en su Corazón divino tiene el poder de conseguir el perdón y de procurar la reparación.

El poder de esta consagración dura por siempre, abarca a todos los hombres, pueblos y naciones, y supera todo el mal que el espíritu de las tinieblas es capaz de sembrar en el corazón del hombre y en su historia; y que, de hecho, ha sembrado en nuestro tiempo.

¡Oh, cuán profundamente sentimos la necesidad de consagración para la humanidad y para el mundo: para nuestro mundo contemporáneo, en unión con Cristo mismo! En efecto, la obra redentora de Cristo debe ser participada por el mundo a través de la Iglesia.

Lo manifiesta el presente Año de la Redención, el Jubileo extraordinario de toda la Iglesia.

En este Año Santo, bendita seas por encima de todas las creaturas, tú, Sierva del Señor, que de la manera más plena obedeciste a la llamada divina.

Te saludamos a ti, que estás totalmente unida a la consagración redentora de tu Hijo.

Madre de la Iglesia: ilumina al Pueblo de Dios en los caminos de la fe, de la esperanza y de la caridad. Ilumina especialmente a los pueblos de los que tú esperas nuestra consagración y nuestro ofrecimiento. Ayúdanos a vivir en la verdad de la consagración a Cristo por toda la familia humana del mundo actual.

Al encomendarte, oh, Madre, el mundo, todos los

hombres y pueblos, te confiamos también la misma consagración del mundo, poniéndola en tu Corazón maternal.

¡Corazón Inmaculado! Ayúdanos a vencer la amenaza del mal, que tan fácilmente se arraiga en los corazones de los hombres de hoy y que con sus efectos inconmensurables pesa ya sobre la vida presente y da la impresión de cerrar el camino hacia el futuro.

¡Del hambre y de la guerra, líbranos!

¡De la guerra nuclear, de una autodestrucción incalculable y de todo tipo de guerra, líbranos!

¡De los pecados contra la vida del hombre desde su primer instante, líbranos!

¡Del odio y del envilecimiento de la dignidad de los hijos de Dios, líbranos!

¡De toda clase de injusticias en la vida social, nacional e internacional, líbranos!

¡De la facilidad de pisotear los mandamientos de Dios, líbranos!

¡De la tentativa de ofuscar en los corazones humanos la verdad misma de Dios, líbranos!

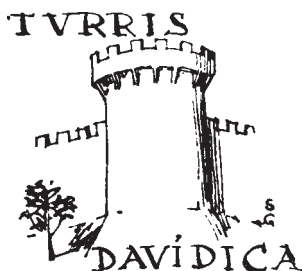
¡Del extravío de la conciencia del bien y del mal, líbranos!

¡De los pecados contra el Espíritu Santo, líbranos!, ¡líbranos!

Acoge, oh, Madre de Cristo, este grito lleno de sufrimiento de todos los hombres. Lleno del sufrimiento de sociedades enteras.

Ayúdanos con el poder del Espíritu Santo a vencer todo pecado, el pecado del hombre y el « pecado del mundo », el pecado en todas sus manifestaciones.

Aparezca, una vez más, en la historia del mundo el infinito poder salvador de la Redención: poder del amor misericordioso. Que éste detenga el mal. Que transforme las conciencias. Que en tu Corazón Inmaculado se abra a todos la luz de la esperanza».



Para una renovación de la consagración de España al Corazón Inmaculado de María

Humilde y filial súplica de que sea renovada solemnemente dicha consagración, abriendo un periodo de reflexión.

Madrid, 11 de febrero de 2004
Festividad de la Virgen de Lourdes

Emmo. y Rvdmo. Cardenal Antonio María Rouco Varela, Arzobispo de Madrid y Presidente de la Conferencia Episcopal Española.

Muy Emmo. Sr. Cardenal:

Las asociaciones abajo firmantes desean manifestar a su Emcia. su total apoyo al Episcopado por los reiterados ataques que sufre la Iglesia como consecuencia de su fidelidad al Evangelio en íntima comunión con el Vicario de Cristo. A modo de ejemplo, y sin ánimo de ser exhaustivos, sirva recordar las insidias sufridas recientemente tras la presentación del clarificador «Directorio sobre Pastoral Familiar» o las continuas voces que se oyen para marginar la religión en la vida pública, en las escuelas, en los medios de comunicación... Ante esta situación queremos expresar a nuestros obispos nuestra adhesión, nuestra cercanía y nuestra continua oración.

En este año 2004 coinciden tres conmemoraciones marianas de gran importancia: el 150 aniversario de la definición del dogma de la Inmaculada

Concepción de María, el **cincuentenario de la consagración de España al Inmaculado Corazón de María** y el vigésimo aniversario de la consagración del mundo realizada por S.S. Juan Pablo II en unión a todo el episcopado en 1984.

Con íntima gratitud filial recordamos los incalculables beneficios que acarrearán dichos acontecimientos para el robustecimiento de la fe de la Iglesia, la regeneración de la vida cristiana y al servicio de la paz y solidaridad entre los hombres y entre los pueblos. Somos conscientes del momento de gracia que vivimos y de la muy delicada situación en que nos encontramos en España y en Europa. Por ello, proclamando nuestra confianza en el Señor y nuestra esperanza en el triunfo de su reinado, y fieles al «testamento de la Cruz» como expresión viva de la «Escuela de María» a la que nos llama el Papa para la «nueva evangelización», creemos oportuno solicitar humildemente **que el Episcopado Español renueve solemnemente dicha Consagración de España al Corazón Inmaculado de María**, pidiendo confiadamente su guía y protección maternal, y abriendo un tiempo de reflexión para que los fieles profundicen en su significado.

Esperando reciba favorablemente nuestra petición y en unión de oraciones, piden filialmente su paternal bendición

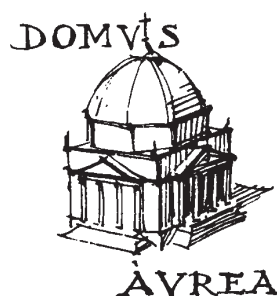
Lista de las asociaciones y grupos católicos que humilde y filialmente solicitan al Emmo. cardenal Rouco, la solemne renovación de la consagración de España al Corazón Inmaculado de María:

1. Schola Cordis Iesu (Barcelona).
2. Grupos de Oración del Corazón de Jesús (Palencia), Movimiento de las Familias de Nazaret
3. Adoración Nocturna Española del Templo del Tibidabo
4. Revista «Cristiandad» (Barcelona)
5. Congregación de Religiosas Hijas de Nuestra Señora del Corazón de Jesús (Galapagar, Madrid)
6. Apostolado de la Oración, Dirección Archidiócesana de Madrid.
7. Cruzados de Santa María (Madrid)
8. Fundación Vida (Madrid)
9. Adoración Nocturna Española diocesana de San Sebastián (Guipúzcoa)
10. Asociación de Amigos del Corazón de Jesús del Monte Urgull (San Sebastián, Guipúzcoa)
11. Convento de la RR. MM. Dominicas (San Sebastián, Guipúzcoa)
12. Apostolado Mundial de Fátima (Madrid)
13. Movimiento de los Focolares (Madrid)

14. La Federación de «Jóvenes por el Reino de Cristo», del Apostolado de la Oración, se ha adherido como tal a esta petición. Durante la peregrinación que recientemente han efectuado al santuario de Fátima diversas asociaciones pertenecientes a J.R.C. reuniendo un total de 600 jóvenes de toda España, se han adherido los diferentes grupos y asociaciones participantes en dicha peregrinación, y que seguidamente reseñamos:

- a. Grupo juvenil «Xavier» (Lalín, Pontevedra)
- b. Movimiento Loyola (San Sebastián, Guipúzcoa)
- c. Grupo juvenil de la parroquia de El Salvador (Zumárraga, Guipúzcoa)
- d. Grupo juvenil de la parroquia de la Asunción (Mairena del Alcor, Sevilla)
- e. Grupo juvenil de la parroquia de San Cristóbal Mártir (Burguillos, Sevilla)
- f. Grupo juvenil de la parroquia de San Ignacio de Loyola (Sevilla)
- g. Grupo juvenil de la parroquia de Sta. María (Talarrubias, Badajoz)
- h. Grupo juvenil de la parroquia de San Bartolomé (Zarzacapilla, Badajoz)
- i. Grupo juvenil de la parroquia de Herrera del Duque (Badajoz)
- j. Grupo juvenil de la parroquia San Miguel (Valdecaballeros, Badajoz)
- k. Congregación Mariana de «La Inmaculada» (Colegio Compañía de María, Talavera de la Reina)
- l. Grupo juvenil «Peregrinos de María» (Talavera de la Reina)
- m. Grupo juvenil de la parroquia Santos Mártires (Talavera de la Reina)
- n. Grupo juvenil «Cor Unum» (Talavera de la Reina)
- o. Grupo juvenil de la parroquia de San Juan de Ávila (Talavera de la Reina)
- p. Grupo juvenil de la parroquia de San Ildefonso (Talavera de la Reina)
- q. Movimiento juvenil «Getsemaní» (Toledo)
- r. Grupo juvenil de la parroquia San Pedro Apóstol (Pourujón, Toledo)

- s. Grupo juvenil de la parroquia de San Juan Bautista (La Puebla de Almoradiel, Toledo)
 - t. Grupo juvenil de la parroquia de Santa María la Mayor (Consuegra, Toledo)
 - u. Grupo juvenil de la parroquia de San Cipriano (Cebolla, Toledo)
 - v. Grupo juvenil de la parroquia de San José Obrero (Toledo)
 - w. Grupo juvenil de la parroquia de San Juan Bautista (Fuensalida, Toledo)
 - x. Grupo juvenil de la parroquia de El Divino Salvador (Madridejos, Toledo)
 - y. Grupo juvenil de la parroquia del Colegio Mayol (Toledo)
 - z. Grupo juvenil de la parroquia de San Miguel (Santa Cruz de la Zarza, Toledo)
 - aa. Grupo juvenil de la parroquia del Stmo. Sacramento (Torrijos, Toledo)
 - bb. Grupo juvenil de la parroquia de Nuestra Señora de Altigracia (Helechosa de los Montes, Toledo)
 - cc. Grupo juvenil de la parroquia de San Esteban Protomártir (Los Cerralbos, Toledo)
 - dd. Grupo juvenil de la parroquia de Santa María (Toledo)
 - ee. Grupo juvenil de la parroquia de Ntra. Sra. de la Asunción (Oropesa, Toledo)
 - ff. Grupo juvenil de la parroquia de Santo Tomás (Toledo)
15. Congregación Mariana Purísimo Corazón de María (Colegio San José de Cluny, Pozuelo de Alarcón, Madrid)
16. Templo Nacional Expiatorio del Tibidabo (Barcelona)
17. Apostolado de la Oración de la archidiócesis de Barcelona
18. Apostolado de la Oración de la diócesis de Gerona
19. Fundación Balmesiana (Barcelona)
20. Universidad Francisco de Vitoria (Madrid)
21. RR. PP. Legionarios de Cristo (Provincia de España)
22. Monasterio de la Visitación (RR. Salesas, San Sebastián, Guipúzcoa)



Los 25 años de pontificado de Juan Pablo II y la devoción al Corazón de Jesús (y IV)

IGNACIO M^a AZCOAGA BENGOCHEA

La devoción a la misericordia divina

EL papa Juan Pablo II ha querido extender por la Iglesia y por el mundo la devoción a la misericordia divina. No se puede hablar de esta devoción desvinculándola de la devoción al Corazón de Jesús, sino, por el contrario, en sintonía con ella, recalcando el aspecto de la misericordia que muestra el Corazón de Jesús traspasado por una lanza, del que salió sangre y agua.

Homilía en la canonización de la beata María Faustina Kowalska (30 de abril de 2000)

Del Corazón de Cristo brota la gran ola de misericordia

1. (...) Cristo resucitado, que en el Cenáculo da el gran anuncio de la misericordia divina y confía su ministerio a los Apóstoles: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. (...) Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los retengáis les quedan retenidos» (Jn 20, 21-23).

Antes de pronunciar estas palabras, Jesús muestra sus manos y su costado, es decir, señala las heridas de la Pasión, sobre todo la herida de su Corazón, fuente de la que brota la gran ola de misericordia que se derrama sobre la humanidad. De ese Corazón sor Faustina Kowalska, la beata que a partir de ahora llamaremos santa, verá salir dos haces de luz que iluminan el mundo: «Estos dos haces –le explicó un día Jesús mismo– representan la sangre y el agua» (*Diario*, Librería Editrice Vaticana, p. 132).

La sangre simboliza la cruz y la Eucaristía y el agua, el Bautismo y el Espíritu Santo

2. ¡Sangre y agua! Nuestro pensamiento va al testimonio del evangelista san Juan, quien, cuando un soldado traspasó con su lanza el costado de Cristo en el Calvario, vio salir «sangre y agua» (Jn 19, 34). Y si la sangre evoca el sacrificio de la cruz y el don eucarístico, el agua, en la simbología joánica, no sólo

recuerda el bautismo, sino también el don del Espíritu Santo (cf. Jn 3, 5; 4, 14; 7, 37-39).

La misericordia llega a través del Corazón de Cristo crucificado

La misericordia divina llega a los hombres a través del Corazón de Cristo crucificado: «Hija mía, di que soy el amor y la misericordia en persona», pedirá Jesús a sor Faustina (*Diario*, p. 374). Cristo derrama esta misericordia sobre la humanidad mediante el envío del Espíritu que, en la Trinidad, es la Persona-Amor. Y ¿acaso no es la misericordia un «segundo nombre» del amor (cf. *Dives in misericordia*, 7), entendido en su aspecto más profundo y tierno, en su actitud de aliviar cualquier necesidad, sobre todo en su inmensa capacidad de perdón?

Cristo confió a santa Faustina su mensaje de misericordia en pleno siglo xx

Hoy es verdaderamente grande mi alegría al proponer a toda la Iglesia, como don de Dios a nuestro tiempo, la vida y el testimonio de sor Faustina Kowalska. La divina Providencia unió completamente la vida de esta humilde hija de Polonia a la historia del siglo xx, el siglo que acaba de terminar. En efecto, entre la primera y la segunda guerra mundial, Cristo le confió su mensaje de misericordia. Quienes recuerdan, quienes fueron testigos y participaron en los hechos de aquellos años y en los horribles sufrimientos que produjeron a millones de hombres, saben bien cuán necesario era el mensaje de la misericordia.

Jesús dijo a sor Faustina: «La humanidad no encontrará paz hasta que no se dirija con confianza a la misericordia divina» (*Diario*, p. 132). A través de la obra de la religiosa polaca, este mensaje se ha vinculado para siempre al siglo xx, último del segundo milenio y puente hacia el tercero. No es un mensaje nuevo, pero se puede considerar un don de iluminación especial, que nos ayuda a revivir más intensamente el evangelio de la Pascua, para ofrecerlo como

un rayo de luz a los hombres y mujeres de nuestro tiempo.(...)

El amor auténtico se aprende sólo en la escuela de Dios

5. La canonización de sor Faustina tiene una elocuencia particular: con este acto quiero transmitir hoy este mensaje al nuevo milenio. Lo transmito a todos los hombres para que aprendan a conocer cada vez mejor el verdadero rostro de Dios y el verdadero rostro de los hermanos.

El amor a Dios y el amor a los hermanos son efectivamente inseparables (...)

En efecto, no es fácil amar con un amor profundo, constituido por una entrega auténtica de sí. Este amor se aprende sólo en la escuela de Dios, al calor de su caridad. Fijando nuestra mirada en él, sintonizándonos con su corazón de Padre, llegamos a ser capaces de mirar a nuestros hermanos con ojos nuevos, con una actitud de gratuidad y comunión, de generosidad y perdón. ¡Todo esto es misericordia! (...) el mensaje de la misericordia divina es, implícitamente, también un mensaje sobre el valor de todo hombre. Toda persona es valiosa a los ojos de Dios, Cristo dio su vida por cada uno, y a todos el Padre concede su Espíritu y ofrece el acceso a su intimidad.(...)

El mensaje de santa Faustina se dirige principalmente a los tentados de desesperación

7. Este mensaje consolador se dirige sobre todo a quienes, afligidos por una prueba particularmente dura o abrumados por el peso de los pecados cometidos, han perdido la confianza en la vida y han sentido la tentación de caer en la desesperación. A ellos se presenta el rostro dulce de Cristo y hasta ellos llegan los haces de luz que parten de su Corazón e iluminan, calientan, señalan el camino e infunden esperanza. ¡A cuántas almas ha consolado ya la invocación «Jesús, en ti confío», que la Providencia sugirió a través de sor Faustina! Este sencillo acto de abandono en Jesús disipa las nubes más densas e introduce un rayo de luz en la vida de cada uno.

Celebración eucarística del domingo de la misericordia divina, 22 de abril de 2001

Del Corazón de Cristo santa Faustina vio salir dos haces de rayos

5. ¡El Corazón de Cristo! Su «Sagrado Corazón» ha dado todo a los hombres: la redención, la salva-

ción y la santificación. De ese Corazón rebosante de ternura, santa Faustina Kowalska vio salir dos haces de luz que iluminaban el mundo. «Los dos rayos – como le dijo el mismo Jesús– representan la sangre y el agua» (*Diario*, p. 132). La sangre evoca el sacrificio del Gólgota y el misterio de la Eucaristía; el agua, según la rica simbología del evangelista san Juan, alude al bautismo y al don del Espíritu Santo (cf. Jn 3, 5; 4, 14).

A través del misterio de este Corazón herido, no cesa de difundirse también entre los hombres y las mujeres de nuestra época el flujo restaurador del amor misericordioso de Dios. Quien aspira a la felicidad auténtica y duradera, sólo en él puede encontrar su secreto.

Sintonizando con los sentimientos del Corazón de Cristo se aprende a ser constructor de la civilización del amor

6. «Jesús, en ti confío». Esta jaculatoria, que rezan numerosos devotos, expresa muy bien la actitud con la que también nosotros queremos abandonarnos con confianza en tus manos, oh, Señor, nuestro único Salvador.

Tú ardes del deseo de ser amado, y el que sintoniza con los sentimientos de tu Corazón aprende a ser constructor de la nueva civilización del amor. Un simple acto de abandono basta para romper las barreras de la oscuridad y la tristeza, de la duda y la desesperación. Los rayos de tu misericordia divina devuelven la esperanza, de modo especial, al que se siente oprimido por el peso del pecado.

Consagración del mundo al amor misericordioso

Viaje apostólico a Polonia. Homilía en la consagración del santuario de la Misericordia Divina (Cracovia, sábado 17 de agosto de 2002)

El mundo tiene necesidad de la misericordia divina

«Padre eterno, te ofrezco el cuerpo y la sangre, el alma y la divinidad de tu amadísimo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, por los pecados nuestros y del mundo entero; por su dolorosa pasión, ten misericordia de nosotros y del mundo entero» (*Diario*, 476, ed. it., p. 193). De nosotros y del mundo entero... ¡Cuánta necesidad de la misericordia de Dios tiene el mundo de hoy! En todos los continentes, desde lo más profundo del sufrimiento humano parece elevarse la invocación de la misericordia. Donde rei-

nan el odio y la sed de venganza, donde la guerra causa el dolor y la muerte de los inocentes se necesita la gracia de la misericordia para calmar las mentes y los corazones, y hacer que brote la paz. Donde no se respeta la vida y la dignidad del hombre se necesita el amor misericordioso de Dios, a cuya luz se manifiesta el inexpresable valor de todo ser humano. Se necesita la misericordia para hacer que toda injusticia en el mundo termine en el resplandor de la verdad.

Por eso hoy, en este santuario, quiero consagrar solemnemente el mundo a la misericordia divina. Lo hago con el deseo ardiente de que el mensaje del amor misericordioso de Dios, proclamado aquí a través de santa Faustina, llegue a todos los habitantes de la tierra y llene su corazón de esperanza. Que este mensaje se difunda desde este lugar a toda nuestra amada patria y al mundo. Ojalá se cumpla la firme promesa del Señor Jesús: de aquí debe salir «la chispa que preparará al mundo para su última venida» (cf. *Diario*, 1732, ed. it., p. 568). Es preciso encender esta chispa de la gracia de Dios. Es preciso transmitir al mundo este fuego de la misericordia. En la misericordia de Dios el mundo encontrará la paz, y el hombre, la felicidad. Os encomiendo esta tarea a vosotros, amadísimos hermanos y hermanas, a la Iglesia que está en Cracovia y en Polonia, y a todos los devotos de la misericordia divina que vengan de Polonia y del mundo entero. ¡Sed testigos de la misericordia!

Acto de consagración del mundo a la divina misericordia

6. Dios, Padre misericordioso, que has revelado tu amor en tu Hijo Jesucristo y lo has derramado sobre nosotros en el Espíritu Santo, Consolador, te encomendamos hoy el destino del mundo y de todo hombre.

Inclínate hacia nosotros, pecadores; sana nuestra debilidad; derrota todo mal; haz que todos los habi-

tantes de la tierra experimenten tu misericordia, para que en ti, Dios uno y trino, encuentren siempre la fuente de la esperanza.

Padre eterno, por la dolorosa pasión y resurrección de tu Hijo, ten misericordia de nosotros y del mundo entero. Amén.

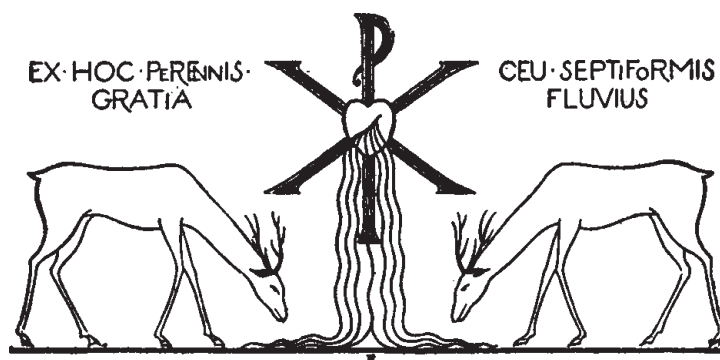
El carisma del padre Orlandis

No es difícil ver en el pontificado de Juan Pablo II, la identificación entre su programa pastoral, expresado en la encíclica *Redemptor hominis*: adherirse totalmente a Cristo, Redentor del hombre y del mundo y el remedio de todos los males individuales, familiares y sociales del mundo propuesto por el padre Orlandis en *Pensamientos y ocurrencias*: una verdadera devoción al Corazón de Jesús.

«Hace cosa de diez años, se me fue presentando al pensamiento un como esbozo de agrupación, así de varones como de mujeres; esta agrupación se me antojaba que había de ser aquella legión de almas pequeñas, instrumentos y víctimas del amor misericordioso de Dios, objeto de los deseos y de las esperanzas de santa Teresita del Niño Jesús.

»Estas almas, por la luz que del cielo recibirían, tendrían una comprensión íntima de la devoción genuina al Corazón de Jesús y de los designios que ha tenido Jesús al pedirla. (...) Para mejor comprender lo que entendía yo por devoción genuina al Corazón de Jesús, convendrá indicar tres etapas por las cuales, desde que esta devoción se hizo pública y universal, se ha ido, a mi parecer, providencialmente desarrollando.

»La primera la marcan las revelaciones de Paray-le-Monial; la segunda, los escritos y obras del P. Enrique Ramière; la tercera, la difusión de los escritos y la propagación de la devoción de santa Teresita del Niño Jesús.»



Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús (XIII)

El padre Galliffet explica en su libro lo que quiere Jesucristo al revelarnos la devoción a su Sagrado Corazón.

JOSÉ JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

VIMOS cómo el padre Galliffet aceptó el cargo de asistente del padre general de la Compañía de Jesús en Roma para poder difundir desde allí la devoción al Corazón de Jesús y también sus prudentes disposiciones para promover la aprobación oficial de su fiesta por el Papa para toda la Iglesia. Vimos cómo promovió la súplica del obispo de Marsella monseñor Belsunce al Papa para que se dignara conceder a perpetuidad a su diócesis «*el privilegio de recitar el oficio y celebrar la misa del Corazón de Jesús, esto es, del mismo Señor Salvador nuestro que se compadece de los pecadores*», y cómo propició la del obispo de Cracovia el 6 de mayo de 1725, seguida una semana después de la del rey de Polonia Federico Augusto II. Hizo llegar también peticiones de los duques de Módena y Toscana, pero precisando apoyos del más alto rango, intenta que a través de la piadosa reina María Leczinska su joven esposo de 16 años, Luis XV, remita una petición similar. Intento fallido, ya que aunque un enfermizo niño hubiera sucedido a un anciano en el trono de Francia, el adolescente biznieto de Luis XIV, aconsejado por el obispo Fleury, al igual que su bisabuelo, tampoco quiso pedir la fiesta del Corazón de Jesús al Papa. Cincuenta años después su descendiente Luis XVI sufriría en su cabeza y en su reino las consecuencias de la negativa de ambos.

Insta a Felipe V a que pida al papa la Misa y el Oficio del Corazón de Jesús para todos los reinos de la católica España

PENSÓ entonces el padre Galliffet que el encargo, inicialmente encomendado por el Corazón de Jesús al rey Luis XIV, también podría cumplimentarlo su nieto menor, el antiguo duque de Anjou, primer vástago de la dinastía de Borbón, entronizado por aquél en España como rey Felipe V, quien, pese a lo acordado en el tratado de Utrecht, no desechaba por entonces sus pretensiones al trono de Francia. Por su confesor jesuita Guillermo Clerke sabía Galliffet que Felipe era varón piadoso al que podían inclinar en favor del patrocinio de la causa ante la Santa Sede, por lo que, por carta de 22 de diciembre de 1725, se dirigió a él recordándole su

devoción al Corazón de Jesús, y cómo, habiendo prometido procurar que la Santa Sede aprobara oficialmente su culto, le dice que ha llegado el momento de actuar, pues el Papa está inclinado a concederlo y ha aprobado e impreso su libro en que fundamenta la petición de la fiesta. Pero como la aprobación de la Misa y el Oficio debe someterse a una congregación de cardenales, le pide su apoyo y recomendación, pues confía en que «*Nuestro Señor destina a Vuestra augusta persona a procurar al divino Corazón los honores que Él desea en todos los reinos de la católica España*».

Un mes después, en 25 de enero de 1726, el Rey comunica al embajador en Roma que desea el feliz logro de la aprobación de la Misa y Oficio del Corazón de Jesús, y le ordena realice en su nombre sus más eficaces oficios ante el Papa y ante los cardenales que intervengan en el asunto, y que comunique al cardenal español monseñor Belluga que se esfuerce cuanto pueda para lograr su consecución.

El primero de febrero de 1727 el padre Galliffet escribía de nuevo al rey de España, rogándole ahora ya directamente que pida al Papa lo que el rey de Polonia y el obispo de Cracovia le han pedido ya: que la Misa y el Oficio de su fiesta se puedan celebrar oficialmente en los inmensos territorios de todas las Españas. Y como el padre Galliffet tiene por seguro el éxito de sus gestiones, y por próximo el establecimiento oficial de la fiesta en toda la Iglesia, se atreve a pedir también a su real y afecto colaborador que se digne costear los gastos de la fiesta que piensa organizar para celebrar tan esperado triunfo.

El animoso Felipe V cumplimentaba al punto el primer encargo del padre Galliffet, y el 10 de marzo de 1727 escribe al papa Benedicto XIII: «*Muy Santo Padre: Deseando por mi parte concurrir a que se extienda y se propague la devoción al divino Corazón de Jesús, estoy persuadido de que esto se facilitará concediendo V. Santidad para todos mis reinos y dominios la Misa y el Oficio propio suyo. Por lo que, fiado en el paternal amor de V. Beatitud, paso a suplicar a V. Santidad con las mayores veras y empeño, se sirva dispensarme esta gracia que espero merecerle...*»

Del celo con el que Felipe V aceptó y promovió en sus reinos el encargo del padre Galliffet, escribe el

padre Martín Pardo del Oratorio de San Felipe Neri de Málaga: «Apenas llegaron las primeras noticias de estos cultos al Sagrado Corazón de Jesús a nuestro gran Felipe, cuando tomó a su cargo toda la empresa. Practicó por sí con admirable ejemplo de la corte tan santa devoción, y, como si esto no bastara para que sus vasallos le siguieran, hizo que a sus expensas en 1726 se diese a la imprenta en lengua latina el libro *De Cultu Santissimi Cordis Dei Jesu* del P. Galliffet, asistente en Roma por las provincias de Francia».

«*De Cultu sacrosancti Cordis Dei ac Domini nostri Jesu-Christi*»

EL padre Galliffet sabía que el humilde y piadoso papa, el dominico Benedicto XIII, era particularmente devoto del Sagrado Corazón, y creía tener favorable al promotor de la fe, y con él el voto de la mayoría de los cardenales de la Sagrada Congregación de Ritos; sólo faltaba justificar la petición con sólidas razones doctrinales para ayudar

a los sabios consultores a juzgar lo bien fundado de la causa sobre la que debían pronunciarse, y ésta era la parte personal de su tarea que había venido preparando durante largos años.

En el verano de 1725 acabó el padre Galliffet la redacción de su libro *De Cultu sacrosancti Cordis Dei ac Domini nostri Jesu-Christi*, del que el historiador de la devoción padre Hamon hace su mejor elogio: «Es la primera obra que trata doctrinalmente y a fondo de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Los autores que abordaron el tema antes que él no parece se lo hayan propuesto, y ciertamente no han expuesto claramente esta delicada materia: cómo el corazón de carne, el amor y los diversos sentimientos del alma –dos objetos necesarios–, se juntan y se unen en una misma y única devoción. San Juan Eudes, el padre Froment, el padre Croiset y otros, han escrito sobre el Corazón de Jesús páginas ardientes y muy hermosas, pero no siempre han dado a la doctrina la claridad que fija y satisface al espíritu. El padre Galliffet quiere agotar la materia: teología, filosofía, historia, nada ha desatendido para ha-

Carta autógrafa del padre Galliffet al rey Felipe V, fechada en Roma el 22 de diciembre de 1725

«Señor. La paz de Jesucristo. Me tomo el atrevimiento de recordar a Vuestra Majestad su gran devoción al Corazón adorable de Jesucristo. Como V.M. ha prometido proteger las gestiones que se procuren para obtener de la Santa Sede la aprobación oficial del culto de este divino Corazón, creo, Señor, que ha llegado ya el tiempo de alcanzarla. El Santo Padre está inclinado a concederla, y ha visto con sumo agrado un libro sobre el Sagrado Corazón que he tenido el honor de presentarle y hacer que se imprima bajo sus auspicios. Se precisa ahora someter la cuestión a una Congregación de cardenales para que la Santa Sede decida la aprobación de la Misa y el Oficio propuestos para la fiesta del Sagrado Corazón. Pero como semejantes gracias suelen hallar multitud de dificultades, conviene recurrir para vencerlas al apoyo de Altas Potestades. Dios ha suscitado en todo tiempo príncipes y reyes que han tomado como gloriosa empresa y religioso deber el intervenir en estos casos sosteniendo con su autoridad estas obras santas ante el Papa y los cardenales. Tal es la gracia que imploramos de su Majestad en favor de la devoción al Corazón adorable de Jesucristo. Desde el feliz día en que vuestro agente en esta Corte señor Cornejo, me anunció que Vuestra Majestad se interesaba por

esta santa y amable devoción, abrigué la más completa confianza de que Nuestro Señor destinaba a Vuestra Majestad a procurar al divino Corazón, en sus reinos, los honores que Él desea, y que deben ser para Vuestra Majestad y para todos sus pueblos fuente fecunda de toda suerte de bienes. V.M., Señor, tiene en Roma un agente muy digno de su confianza en la persona del Sr. Cornejo, y en las de los cardenales, tiene, o bien súbditos, o bien afectos a su Corona. Una orden o una recomendación expresa de Vuestra Majestad que muestre cuán a pecho tomáis este asunto, será para nosotros de incalculable valía. No hay empresa, Señor, más digna de vuestra magnánima piedad, y si, como lo espero, llega a buen fin, alcanzareis para vuestra sagrada persona y sobre vuestra augusta familia la bendición de Jesucristo. Quedo con el más profundo respeto, Señor, de Vuestra Majestad muy humilde y obediente servidor, José de Galliffet, de la Compañía de Jesús. Asistente de Francia. Roma 22 de diciembre 1725. A la Majestad Católica el Rey Felipe V. – Madrid.»

Archivo Nacional de Simancas. Estado-Legajo 5018 («*El Mensajero del Corazón de Jesús*» Tomo XVIII. Año 1871. p. 193 y ss.)

cer de su estudio un trabajo definitivo. Sin atrevernos a decir que después de él nadie lo haya hecho mejor, es cierto que quienes le han superado han podido lograrlo gracias a su libro».

Los hechos de Paray-le-Monial son conocidos en toda Francia, y es hora de que los conozca el mundo entero

COMIENZA su libro el padre Galliffet tratando sobre el origen del culto de la devoción al Corazón de Jesús, y diciendo que, en cuanto a la sustancia, no es cosa nueva, aunque hasta ahora haya sido desconocida del común de los fieles. Admite que su práctica sí es nueva, y que ha sido el mismo Jesucristo el autor de la devoción; quien la ha revelado, quien nos la ha explicado, y quien ha mandado instituir su fiesta. Dice que los hechos de los que parte son conocidos en toda Francia, y siendo ya hora de que los conozca el mundo entero, refiere los acontecimientos de Paray-le-Monial, y transcribe las célebres páginas del Retiro espiritual del padre La Colombière en que da cuenta de la última y más célebre revelación, la de junio de 1675. Estas son, nos dice, las revelaciones que nos han dado a conocer el amor misericordioso y las tristes quejas del Corazón de Jesús en demanda de correspondencia, que han sido recibidas con alegría por las almas sencillas, pero que han sido despreciadas y rechazadas por jansenistas, filósofos y libertinos, de lo que advierte que no hay que extrañarse, pues la historia de la Iglesia nos enseña como la devoción al Santísimo Sacramento fue en el siglo XIII igualmente rechazada y ridiculizada por los ilustrados de su tiempo

con un odio que hoy no podemos comprender. Dentro de algunos años – dice – nos causará igual pena explicar los ataques de hoy contra la devoción al Corazón de Jesús.

Expone luego como, pese a las críticas, y a veces gracias a ellas, la devoción se ha extendido con inusitada rapidez. La publicación del Retiro del padre La Colombière fue el primer medio de que se valió Nuestro Señor para dar a conocer tanto la revelación como el culto a su Corazón, y como poco después se valió para el mismo fin de otro padre de la misma Compañía (el padre Juan Croiset) a quien inspiró el mismo celo, quien conoció a la hermana Margarita en Paray, y mantuvo con ella correspondencia epistolar para la dirección de su conciencia, a través de la cual ella le reveló las gracias recibidas. Este nuevo director lo había también escogido Jesucristo para escribir un libro sobre la devoción a su Sagrado Corazón que tuvo gran éxito y se tradujo a diversas lenguas.

El infierno no puede soportar la devoción al Corazón de Jesús

DICE como, no pudiendo el infierno dejar de revolverse contra la difusión de la devoción al Corazón de Jesús, cuyo solo nombre se le hace odioso, logró que sus devotos fueran tachados de perturbadores de la paz de la Iglesia. Promovió contra ella viva persecución con las mismas disensiones que había promovido contra la fiesta de su adorable Cuerpo, pero al igual que las persecuciones levantadas contra ella no pudieron impedir los designios de Dios, tampoco las tempestades des-

El rey de España, a petición del padre Galliffet, patrocina la impresión de su libro

El 26 de enero de 1726 se remitía desde el palacio del Pardo este Real Despacho a D. Félix Cornejo: «El P. Joseph de Galliffet de la Compañía de Jesús y Asistente General de Francia por su religión en esa corte ha dado cuenta ser ya tiempo oportuno por lo favorablemente dispuesto que se halla el Papa, para continuar en la solicitud del Rezo y Misa propios para el día de la fiesta del divino Corazón de Jesús... por lo que me manda el Rey decir a V.S. que en consecuencia de las órdenes que sobre ésto le están dadas, y en inteligencia de que S.M. desea el feliz logro de la gracia del Rezo y Misa propios del día de la fiesta del divino Corazón de Jesús, pase V.S. así con el Papa como con los cardenales que fueren desti-

nados para el conocimiento de este negocio, los más eficaces oficios en su Real nombre para facilitar su consecución, y respecto a que el Sr. cardenal Belluga con su gran celo se debe creer esforzará cuanto pueda su logro, y más si sabe que S.M. se interesa en él; quiere también S.M. que le hable V.S. del asunto, a fin de que S. Em^a. por su parte haga las diligencias conducentes a tan santo fin. Lo que le prevengo a V.S. para su cumplimiento. Dios le guarde.»

Archivo Nacional de Simancas. Estado- Legajo 5018 («*El Mensajero del Corazón de Jesús*» Tomo XVIII. Año 1871. p. 193 y ss.)

atadas contra su Sagrado Corazón pudieron detener su progreso, y aunque fueron pocas las personas que en principio la aceptaron, contentándose con practicarla en secreto, su número fue aumentando prodigiosamente, comunicándola un amigo a otro, hasta alcanzar en pocos años a gran número de personas de toda condición. Muchos obispos la aprobaron en sus diócesis y se instituyeron cofradías dedicadas a su culto, a las que la Santa Sede dispensó indulgencias. Se popularizaron las estampas e imágenes del Corazón de Jesús y se expusieron sus cuadros a la veneración pública, erigiéndosele capillas y altares, celebrándose su fiesta con gran veneración en casi todas las ciudades. Cuenta como de Francia pasó la devoción a los países vecinos y luego a los más lejanos, con un progreso y rapidez sólo explicables por la omnipotencia de Dios, y así en menos de treinta y ocho años se vió difundida por toda Francia, Holanda, Lituania, las principales ciudades de Italia, y atravesando los mares, ha penetrado hasta en la China, en Persia, en las Indias, en Siria, en el Canadá, y en las islas de América, contándose más de 400 cofradías erigidas, y así en casi todos los monasterios de la Visitación, en catedrales y parroquias, sacerdotes seculares y regulares, benedictinos, bernardos, franciscanos, carmelitas, capuchinos, jesuitas, celebran ya la fiesta del Corazón de Jesús en la fecha por Él pedida: el viernes siguiente a la octava del Corpus Christi.

Narra después el medio extraordinario del que hace poco se ha valido Dios para dar a conocer esta

devoción y animar a sus propagadores: cuando en 1720 la peste assolaba las más hermosas ciudades de Provenza: Marsella, Aviñón, Aix, Arles, Tolón, etc., inspiró Dios a sus consternados moradores a que recurrieran al Sagrado Corazón de Jesús como medio seguro de aplacar la ira del cielo, reuniéndose para aclamarle e invocar aquel dulce nombre como única áncora de salvación. Obispos y gobernantes se unieron para consagrar con públicos votos las ciudades que administraban, obligándose ante los altares a tributar anualmente públicos honores a este adorable Corazón y a continuarlos perpetuamente como muestra de eterno reconocimiento.

Pide se apruebe la devoción al Corazón de Jesús tal como Él se ha dignado revelárnosla en Paray-le-Monial

AFIRMA claramente el carácter sobrenatural de los hechos de Paray-le-Monial, refiriendo cómo por obediencia la madre Margarita María escribió de su mano una memoria en que transcribe las revelaciones del Corazón de Jesús. Trae como testigo sobre su fama de santidad al padre La Colombière, y más recientemente a la historia escrita por el docto y piadoso obispo Languet, en la que refiere el milagro obrado por intercesión de la mensajera del Corazón de Jesús, certificado por el autor del libro en el proceso canónico de 1715 incoado por el entonces vicario de la diócesis de

El padre Galliffet ruega a Felipe V que solicite del Papa la Misa y el Oficio del Corazón de Jesús en los reinos de las Españas

El primero de febrero de 1727 el padre Galliffet escribía de nuevo al rey de España, pidiéndolo no ya, como un año antes, la influencia de su embajador y de sus representantes ante la Santa Sede en favor de la postulación de la fiesta del Corazón de Jesús, sino ya directamente que pida al Papa que la Misa y el Oficio de su fiesta se puedan celebrar oficialmente en los inmensos territorios de todas las Españas: « Me tomo la libertad de enviar a Vuestra Majestad un libro aprobado por el Papa, que trata de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Es un tributo que debo a la piedad de V.M. para con este Corazón adorable, y a la protección que de parte de V.M. me ha prometido el Sr. Cornejo, su agente en esta corte con una distinción que hartamente me honra. Tengo el honor de escribir al R. P. Confesor de Vuestra Majestad y le propongo dos cosas que V.M. pue-

de hacer en obsequio y para la gloria de este Corazón divino. La primera es el pedir al Papa para sus reinos la Misa y el Oficio propios para la fiesta del Sagrado Corazón, que el rey de Polonia y el obispo de Cracovia lo han pedido ya para Polonia. La segunda consistiría en que Vuestra Majestad se dignase contribuir, con alguna de las muchas dádivas que destina a sus buenas obras, para la celebración de una fiesta magnífica que proyecto se haga en Roma por la primera vez en honor del Corazón Sagrado de Jesucristo. Si Vuestra Majestad me proporcionare el medio de celebrarla, obra será ésta muy grata a este divino Corazón».

Archivo Nacional de Simancas. Estado-Le-gajo 5018 («*El Mensajero del Corazón de Jesús*» Tomo XVIII. Año 1871. p. 193 y ss.)



Autun, luego obispo de Soissons, y hoy arzobispo de Sens.

Como las revelaciones a la madre Margarita María son la única razón de ser del libro del padre Galliffet, expone la devoción al Corazón de Jesús, y demanda su aprobación, tal como ha sido revelada en Paray-le-Monial. Si queremos —dice— aceptar los designios que Jesucristo se ha propuesto al revelarnos por sí mismo la devoción a su Corazón, debemos deducirla de sus palabras, lo que no ha de ser difícil, pues Jesús se explica con toda claridad, y estas palabras son las que nos transcribe la madre Margarita María cuando nos dice que, descubriéndole su divino Corazón, exclamó: *«Mira el Corazón que tanto ha amado a los hombres, que nada ha omitido hasta extenuarse y consumirse para darles testimonio de su amor, en cuyo reconocimiento no recibo de la mayor parte de ellos mas que ingratiudes, por el desprecio, irreverencia, sacrilegios e indiferencia con que me afligen en este Sacramento de amor... por eso te pido que el primer viernes después de la octava del Santo Sacramento se solemnice con una fiesta particular para honrar mi Corazón, reparando el honor ultrajado mediante una pública satisfacción, comulgando aquel día para borrar las injurias que he recibido durante el tiempo de su exposición sobre los altares.»*

De estas palabras deduce la naturaleza y objeto de la devoción, que define así: «Es un ejercicio de religión que tiene por objeto el Corazón adorable de Jesucristo abrasado de amor a los hombres y afligido por su ingratitude, y cuyo fin es honrar a este divino Corazón con todos los actos que el amor y el reconocimiento nos inspiren, y especialmente borrar las injurias que recibe en el Sacramento de su Amor.»

Por «Corazón adorable de Jesucristo» entiende ante todo el propio Corazón de carne de Jesús, y para destacar su ineludible presencia en la devoción, pone en la primera página de su libro una representación del Corazón de Jesús «tal como le fue mostrado a la venerable Margarita María de la Visitación... grabando este divino Corazón en su forma natural, con la misma figura, el mismo grosor y los mismos trazos que tiene el corazón en el cuerpo humano».

Para atajar las críticas, dice que este Corazón, si lo consideramos aislado y solo, no es digno de adoración, pero que se hace digno de ella al estar unido a la persona divina de Jesucristo, pues, como enseñan todos los teólogos con santo Tomás, aunque la santa humanidad de Cristo es un objeto creado, y de consiguiente no es digna de que se le tribute por sí misma culto de latría, se hace digna de adoración por estar íntimamente unida con la divinidad, de modo que en Jesucristo con una única adoración de latría se adoran la humanidad y la divinidad.

El objeto sensible y espiritual de la devoción al Corazón de Jesús

EXPlica luego como todas las devociones y fiestas relativas a la santa humanidad de Jesucristo contienen dos objetos: uno sensible y corporal y otro invisible y espiritual, que se hallan unidos indivisiblemente. El objeto espiritual comunica su dignidad al corporal, y honrando a aquél, se da culto a los dos, aunque es peculiar del objeto material dar el nombre a la devoción y a la fiesta. Pone por ejemplo como la Iglesia ha instituido la solemnidad de la Santa Cruz, en la que hay dos objetos unidos a un tiempo: uno sensible, que es el propio árbol de la Cruz, y otro espiritual que es Jesús crucificado obrando por ella el misterio de la Redención, y que por la unión que tienen ambos objetos entre sí, éste le comunica a aquél su dignidad y así la veneración que toda la Iglesia le rinde, y como la Cruz, el objeto sensible y corporal, es la que le da el nombre, que por eso se llama la fiesta de la Cruz.

Expone como sucede así también en la devoción al Corazón de Jesús, que tiene dos objetos unidos a los que se honra inseparablemente. El objeto corporal y sensible de la devoción que Jesucristo quiere establecer es su adorable Corazón, que descubre y muestra a Margarita María; su propio Corazón de hombre, del que habla en su sentido natural y no metafórico; éste es el Corazón que quiere que se honre y se solemnice con una fiesta particular para la que designa el día, y de Él toma su nombre la devoción. Pero, éste es sólo el objeto sensible, porque el objeto espiritual y primario es el inmenso amor del que

este Corazón está abrasado por los hombres, como nos lo indica Jesús con sus palabras: «*Mira este Corazón que tanto ha amado a los hombres y que nada ha omitido hasta extenuarse y consumirse para darte testimonio de su amor*». Jesucristo, según el lenguaje de los hombres y aun del mismo Espíritu Santo, atribuye a su Corazón el amor que nos profesa, y este amor, por la intimidad con que está unido al Corazón, hace a éste digno de ser honrado con el mismo culto y afecto que indivisiblemente le son debidos a su mismo amor.

«*Abrasado de amor por los hombres*». Debemos pues, considerar al Corazón de Jesús como ardiendo, como un volcán de amor que le ha conducido a todo lo que ha hecho y sufrido por nosotros, pero que sobre todo le ha movido a hacer el último esfuerzo de su amor, que es la institución de la Eucaristía. La consideración de este ardiente amor sin límites del Corazón de Jesús debe excitar nuestra ternura hacia Él.

«**Ultrajado por la ingratitud de los hombres, sobre todo en la Eucaristía**»

EXPLICA luego el padre Galliffet que para comprender la naturaleza de esta devoción hay que precisar que este amor de Jesús por el que su divino Corazón está ardiendo, debe ser considerado como un amor despreciado y ofendido por la ingratitud de los hombres, como nos quiere indicar cuando nos dice: «En cuyo reconocimiento no recibo de la mayor parte de los hombres más que ingratitudes por el desprecio, irreverencias, sacrilegios e indiferencia con que me ofenden en este sacramento de amor». Por ello nos precisa que no basta con considerar al amor del Corazón de Jesús sólo en su infinita bondad y ardiendo de amor por los hombres, sino que es necesario contemplarlo también, y especialmente, como amor ofendido por la ingratitud de aquellos a quien tanto ama. Estos dos aspectos, íntimamente unidos –dice– deben causar en nosotros dos sentimientos igualmente esenciales a la devoción de su Sagrado Corazón: un amor que corresponda al suyo, y un dolor que nos mueva a reparar las injurias que sufre por la ingratitud de los hombres. Por eso su amor es digno también de otra clase de culto más elevado, que consiste en la debida reparación de las ofensas que está padeciendo en la mayor prueba que nos ha dejado de su amor al quedarse Él mismo en el sacramento para que los hombres podamos corresponderle. Así Jesús, mediante la devoción a su Sagrado Corazón, nos pide correspondencia de amor reparador por amor despreciado y ofendido en la Eucaristía.

En la segunda parte de su libro, y para rebatir la

objeción de novedad y demás motivos y pretextos de los que se oponen a la devoción, trata el P. Galliffet de la excelencia de la devoción y aduce numerosos textos de santos y Doctores de la Iglesia sobre el Corazón de Jesús, terminando con el del jesuita Jerónimo Drexelio, que pone en boca de Jesucristo: «A mi pueblo le di a beber agua de un peñasco, pero a vosotros os doy a beber de mi costado y de mi Corazón.»

Un culto practicado en todo el mundo cristiano es un culto santo

EL P. Galliffet guarda su argumento mejor para el final. Un culto extendido y practicado en todo el mundo cristiano es un culto santo y el hecho de que más de 120 prelados hayan establecido innumerables congregaciones dedicadas al Corazón de Jesús en sus diócesis y que más de 300 de ellas hayan sido honradas por la Santa Sede con breves de indulgencias, no ha podido deberse a influencia humana, pues el hombre por sí sólo es incapaz de concebir tan alta idea, sino que el autor de esta maravilla es Dios, de cuyo dedo está pendiente el corazón de todos los hombres, y cuya palabra sostiene el universo entero, y a quien sólo pertenece instituir, proteger y fomentar cuanto se refiere a su Sagrado Corazón.

El padre Galliffet sabe al papa reinante Benedicto XIII bien dispuesto en favor de la devoción, por lo que le presenta su obra y le solicita no sólo su aprobación, sino también su autorización para dedicarle el libro. Escribe a la superiora de Paray: «*Pedid a vuestras queridas y santas hermanas que encomienden a Dios una obra que debo presentar al Papa, y de la que depende el éxito de nuestra empresa*». Con el favorable parecer de su confesor, el Papa acepta la dedicatoria, y ordena que el libro se imprima en la imprenta del Vaticano. Con tal aval el padre Galliffet escribe de nuevo a Paray: «*Continuad vuestras oraciones por el éxito del libro y de los proyectos que deben seguir a su edición. Si nuestro divino Maestro los bendice, veremos pronto resplandecer la gloria del Corazón de Jesús en Roma y en toda la Iglesia. Así sea*».

De cómo el libro del padre Galliffet, revisado y aprobado por sucesivos censores, sirvió de memorial para solicitar ante la Sagrada Congregación de Ritos en el verano de 1727 la Misa y el Oficio del Corazón de Jesús, de cuyo esperado dictamen escribía: «*Aunque no tenemos aún decisión, estoy convencido, como siempre, de que ésta será favorable*», y de cómo no pensaba igual el «*abogado del diablo*», quien, tras leer detenidamente el memorial del P. Galliffet, buscó y halló en él pretexto con que contradecirle, tratará, si Dios quiere, el próximo artículo.

Crónica de la conmemoración de los sesenta años de «Cristiandad»

JOSÉ M.^a ROMERO BARÓ

CON la gozosa participación de unas trescientas personas entre redactores y colaboradores junto con sus familiares y amigos que llenaban las dependencias de Balmesiana –sede de la redacción–, se celebró el pasado sábado 15 de mayo el sesenta aniversario de la fundación de la revista *Cristiandad*. Coincidiendo con el tiempo pascual, los participantes querían dar gracias a Dios de nuevo por los años que lleva apareciendo la revista, y también seguir pidiéndole su continuidad. El acto conmemorativo estuvo centrado, por tanto, en la concelebración de la santa Misa que siguió al acto académico, donde se expuso la significación de los sesenta años de nuestra revista.

Presidía este acto académico el padre Pedro Suñer, S.I., director de la Fundación Balmesiana, y lo iniciaba dando la bienvenida a los asistentes. A continuación, el señor Pere Basil –uno de los fundadores de la revista, de la cual el P. Ramón Orlandis, S.I. dijo siempre haber sido su «curador espiritual», pero nunca su fundador o su director– expuso algunos de sus recuerdos personales de aquel momento fundacional. En primer lugar, resumió el mensaje central de la revista en la realeza del Corazón de Jesús como unión de la devoción al Corazón de Jesús y la devoción a la realeza de Cristo. En segundo lugar, destacó como un hecho providencial que el padre Orlandis le diera a leer *Las esperanzas de la Iglesia* del padre Enrique Ramière, ya que le ganaron de inmediato para difundirlas en la revista y le hicieron desistir de su inicial optimismo político. Finalmente, el señor Pere Basil recordó la presencia excepcional de María Asunción López en el entorno de la revista y de la naciente *Schola Cordis Iesu*.

Como presidente de la Fundació Ramon Orlandis i Despuig, editora de la revista, el señor José M^a Petit centró en su *perenne actualitat* la trayectoria de *Cristiandad* a lo largo de los años pues, en efecto, la palabra *actualitat* nos remite a la *plenitud* y *perfección* de algo –en contraposición a lo *falto* o *potencial, no realizado*– que luego nos permite traerlo de nuevo a colación. De aquí que «la necesidad más urgente de nuestro tiempo» sea, en palabras del padre Orlandis, «sobrenaturalizarlo todo, incluso el Romano Pontífice», pues lo sobrenatural es la dimensión plena de la vida, se proyecta sobre lo natural y lo perfecciona. Esa actualidad es, por tanto, lo sobrenatural que comunica *reali-*

dad a nuestras vidas –frente a lo *ilusorio*–, y comunica también el *entusiasmo*, sin el cual la obra humana no llega a buen fin. De aquí la *esperanza* que en palabras de Pío XI adelanta ya «el gozo de aquel día dichosísimo en que todo el orbe, de corazón y de voluntad, se sujetará al dominio suavísimo de Cristo Rey», una esperanza *real*, puesto que está fundada en una promesa, que permite un *optimismo* nuclear que ha de ser fuente de una *actividad* centrada y provechosa.

El señor Josep M^a Mundet, director de la revista, recordó que la superación de las dificultades con las que se ha encontrado la revista *Cristiandad* no se debe sino a la constante protección y amparo de la Virgen Santísima, y que esa protección y amparo sólo seguirá si sigue cumpliendo aquella consigna originaria que dio el padre Orlandis a la revista, la de «ser una publicación seria –pero no magistral– de nuestras esperanzas en el Reinado de Jesucristo». Y así ha de ser: *seria* para no ser frívola ni ligera, *no magistral* para ser humilde, sencilla, obediente al único Maestro, y *al servicio de las esperanzas en el Reinado de Jesucristo* porque el mundo sólo tiene salvación en este Reinado. Quienes hoy tenemos la responsabilidad de llevar adelante la revista *Cristiandad*, finalizó diciendo su director, no podemos hacer otra cosa que reafirmarnos en el propósito de continuar hasta que Dios quiera, con la ayuda de la Virgen María y de san José.

La celebración de la santa Misa fue, como se ha señalado ya, el momento culminante de este acto conmemorativo. Concelebraron con el padre Suñer esta Misa solemne –en la capilla de Balmesiana, tan bellamente ornamentada– otros doce sacerdotes: mosén Àngel Fàbrega, mosén Juan Melendo, mosén José M.^a Alsina, mosén Luis Petit, mosén Ignasi Manresa, mosén Carles Mas de Xaxars, mosén Juan María Cascante, y los padres José Luis Ecay y Nicolás Echave, S.D.B. Tras dar gracias a Dios por los sesenta años de vida de la revista, en su homilía el padre Suñer animaba a los presentes a seguir redactándola, publicándola y leyéndola, resaltando la importancia de cada una de esas tres etapas para su continuidad.

Una vez finalizada la santa Misa, los asistentes prosiguieron la amistosa celebración alrededor de la mesa, en el *lunch* servido en la planta baja del edificio que nos acogía.

«Por esto estamos aquí: para dar gracias a Dios por la revista»

El padre Pedro Suñer, consiliario de Schola Cordis Iesu, presidió la Misa concelebrada en acción de gracias por los sesenta años de *CRISTIANDAD*. Reproducimos a continuación la homilía que pronunció.



San Ignacio de Loyola

Nos reunimos en torno al altar para dar gracias a Dios por los sesenta años de la revista *Cristiandad*. En el ofrecimiento diario del Apostolado de la Oración rezamos, dirigiéndonos a Jesucristo: «me ofrezco contigo al Padre en tu santo sacrificio del altar con mi oración y trabajo»... Pues bien, este es el momento en que, recogiendo toda la oración y trabajo de estos sesenta años de *Cristiandad*, lo unimos al Santo Sacrificio de la Eucaristía para que sea una oblación grata al Padre. Sabemos que, haciéndolo así, nuestra acción de gracias es digna de la majestad de Dios, porque el Padre tiene puestas en su Hijo y su oblación en este altar «todas sus complacencias».

Al mismo tiempo, con la misma fórmula del ofrecimiento invocamos al Espíritu Santo para que siga «inflamando nuestro corazón en las ansias redentoras del Corazón de Cristo, para que ofrezcamos de veras nuestras personas y obras», en unión con Él, por la redención del mundo.

Podríamos considerar que, en la confección periódica de toda revista, hay tres momentos: el de su preparación, el de su confección y el de su lectura. Con otras palabras: al hacer mensualmente la revista, primero hay unas páginas en blanco que hay que

rellenar; segundo, una vez se tienen ya los originales, hay que confeccionar la revista: maquetarla, imprimirla, encuadernarla, enviarla; tercero y decisivo, hay que leerla.

Digamos algo de cada una de estas fases:

La primera fase consiste en determinar qué se va a decir a los lectores y ponerlo por escrito: no hay revista si no hay alguien que tiene algo que decir a unos lectores que se espera querrán leerlo.

Naturalmente no podemos ahora hablar de lo que durante sesenta años se ha ido diciendo a los lectores. Pero sí podemos señalar algunas directrices maestras que han guiado a los redactores desde el inicio y ellos las han ido siguiendo con fidelidad. Podría sintetizarse todo en esta frase: la revista pretende promover la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y su reinado social. Y esta finalidad tal vez podría subdividirse en tres subfinalidades o métodos. Pueden desglosarse así: primero, promover la vida interior; segundo, explicitar la proyección social que va implícita en la auténtica vida interior cristiana; y tercero, fundamentarlo todo doctrinalmente, apoyándose sobre todo en el magisterio de la Iglesia.

Quiero apoyar estos tres objetivos que se impuso la revista con palabras más autorizadas, que se han pronunciado a lo largo de los números de la propia revista.

Sobre el empeño de promover la vida interior, el



Santo Tomás de Aquino

padre Orlandis decía en el número 39 (noviembre de 1945): «Esta es la necesidad más urgente de nuestro tiempo: sobrenaturalizarlo todo». Es decir, hay que insistir en esta dimensión vertical de la vida cristiana y en concreto, de la devoción al Corazón de Jesús.

Sobre la necesidad de explicitar la dimensión social implícita en lo anterior, decía el padre Segura en el número 331 (septiembre de 1958): a la devoción al Sagrado Corazón «se la desviriliza y desmedula al presentarla sin su carácter social».

Y don Marcelo González Martín, siendo arzobispo de Barcelona al cumplirse los veinticinco años de la revista, decía en el número de abril del 1969: «Impregnar de sentido cristiano y sobrenatural la vida entera del hombre y de la sociedad, sigue siendo una tarea irrenunciable de todo el que ama a la Iglesia». Como veis, ahí van reconocidas estas dos finalidades de la revista: la promoción de la espiritualidad y de su dimensión social.

Sobre la exigencia de fundar doctrinalmente lo anterior, valga por todos este testimonio del papa Juan Pablo II, incluido en la carta que la Secretaría de Estado dirigió a *Cristiandad* en su cincuenta aniversario. «El Santo Padre Juan Pablo II expresa su complacencia por el asiduo y celoso servicio que esta publicación ha prestado a la difusión de la doctrina católica» (carta del 25 de marzo de 1994).

En el número 708-709 (abril-junio de 1990), Francisco Canals decía que el padre Orlandis fue hombre de tres libros: los *Ejercicios Espirituales*, de san Ignacio, la *Suma teológica*, de santo Tomás, y la *Historia de un alma*, de santa Teresa del Niño Jesús. Creo que en estas tres figuras señeras de la Iglesia podemos ver bien reflejadas estas tres misiones de la revista, que como es lógico ha seguido las directrices de su gran maestro el padre Orlandis. En los tres brilla el empeño por la promoción de la vida interior, por la proyección social del reino de Jesucristo y por la fundamentación doctrinal, sobre todo en el Magisterio. Esto último especialmente en la obra del Aquinate.

Paso brevemente a hablar de las otras dos fases de la confección de la revista: su confección y su lectura.

A los confeccionadores de la revista les quiero decir: gracias por su trabajo abnegado y oculto. Tener la responsabilidad de sacar mes a mes la revista a la calle, es trabajo arduo. Supone muchas veces urgir la puntualidad de la entrega de los originales, corregirlos, disponerlos en su lugar del respectivo número, velar por la impresión y hasta por el envío a tiempo. Es un trabajo pesado, poco agradecido y oculto, porque no va firmado. Así que al dar gracias a Dios por la revista, este es el momento para agradecer este trabajo a todos aquellos que lo han realizado a lo largo de estos sesenta años. Muchos esta-



Santa Teresa del Niño Jesús

rán ya en el cielo, otros siguen en ello. A todos, Dios se lo pague.

Y finalmente me dirijo a los lectores. En cierto sentido son lo principal. A ellos va encaminado todo lo anterior. Sin ellos la revista no tendría sentido ni utilidad. Os exhorto a leer la revista. Es un goteo constante de formación y de afirmación en los rectos criterios cristianos. Es un alimento permanente de la fe y una vacuna contra el alud de criterios falsos o exagerados que se nos viene cada día encima a través de la prensa y los demás medios de comunicación. Por esto estamos aquí: para dar gracias a Dios por la revista. Y, os exhorto, además, no sólo a leerla, sino a procurar que otros también la lean. Procurad ser sus difusores y propagandistas. Pensemos que el mismo esfuerzo será tanto más eficiente cuanto cada número llegue a más personas.

Termino con una alusión a las dos lecturas de la misa de hoy. No las he escogido. Son las que corresponden a la Misa del día. En la primera vemos el empeño apostólico de la Iglesia naciente. «Las Iglesias –dice– se robustecían en la fe y crecían en número día a día». Y Pablo se siente movido por el Espíritu a ir a predicar el Evangelio a Macedonia y abrir allí un nuevo campo apostólico. Por otra parte, el Evangelio nos habla de las persecuciones: «No es el siervo más que su amo. Si a mi me han perseguido, también a vosotros os perseguirán». Creo que son dos temas de los que *Cristiandad* sabe: el apotolado y la persecución. Que estos textos nos animen a lo uno y nos fortalezcan contra lo otro.

Que Nuestra Señora, que ha estado siempre tan presente en esta revista, obtenga del Señor abundantes gracias para que pueda continuar y aumentar, pese a las dificultades, su labor apostólica. Amén.

La perenne actualidad de la revista «Cristiandad»

En el marco de los actos conmemorativos del sesenta aniversario de la revista, nuestro redactor José M^a Petit Sullá, hizo una reflexión bajo el mismo título que encabeza este escrito que reproduce lo esencial de aquella intervención.

CELEBRAMOS el sesenta aniversario de la revista. Y, en verdad, que son dignos de ser celebrados pues, ciertamente, sesenta años son muchos años de permanencia en salir –quizá no siempre con la puntualidad deseable– al encuentro de nuestros lectores y de toda la sociedad a la que quisiéramos dirigirnos puesto que CRISTIANDAD tiene un mensaje tan universal como la misma Iglesia católica a la que sirve. Durante estos ya largos años han desaparecido muchas otras revistas, algunas incluso con una temática cercana a la nuestra, porque el nacimiento de una revista no asegura, por sí mismo, su continuidad. La continuidad es una meta que se gana número a número, de año en año, de circunstancia en circunstancia. ¿Dónde radica la capacidad de nuestra revista de atravesar este largo período de tiempo en la que tantos cambios se han sucedido? La clave de su continuidad es la actualidad de su temática.

Los que pertenecen a mi generación llevan ya como redactores de la revista unos cuarenta de estos sesenta años que ahora celebramos y creo que están todos de acuerdo en que nuestra revista tiene una actualidad permanente. Sin ser una revista de «actualidad» –e incluso al margen de nuestras secciones tituladas expresamente «actualidad religiosa», o «actualidad política» en las que damos noticia y comentamos tales actualidades– nos consideramos humildemente poseedores de una perenne actualidad.

La actualidad consiste en hacer la revista centrada en torno a lo que es su idea constituyente, el reinado social del Corazón de Jesús, la misma idea que centró el apostolado y los escritos del padre Enrique Ramière en la segunda mitad del siglo XIX, así en sus libros como en su gran revista *El Mensajero del Corazón de Jesús* que tantos millones de suscriptores llegó a tener en todo el mundo. A nosotros como a él se podría dirigir esta pregunta: ¿este tema da para muchos números de una revista? ¿No se agotará esta fuente de inspiración? ¿No será en exceso reiterativa en sus artículos? En fin ¿se podrá mantener esta idea en medio de tan distintas y aun adversas circunstancias? La respuesta es sencilla. Se puede mantener y conserva siempre su lozana actualidad porque se funda en la visión sobrenatural de la vida

humana así individual como colectivamente considerada.

Como se decía en la «razón del número» de la revista del pasado mes de abril –mes en que se cumplía exactamente el sesenta aniversario– la actualidad de nuestra revista se entiende mejor a la luz de la significación metafísica de la palabra «actualidad». La «actualidad», entendida como plenitud y perfección. Una idea es actual, en este sentido, si es capaz de llevar a plenitud y perfección una tarea desarrollada bajo su inspiración. Otra manera de decir lo mismo sería acercando la actualidad a la realidad. Una idea es verdaderamente actual si es capaz de hacerse realidad. Y no cualquier efímera realidad sino una plena y perfecta realidad. Es esta actualidad que hace que lo que decimos en la revista sea verdaderamente «real». Es esta idea que es plenamente perfecta y real porque no es una ilusión. Y no es una ilusión porque no procede de un proyecto utópico. En virtud de esta perfección y plenitud, de su sentido de la realidad, cobra sentido que un ideal sea de actualidad, incluso de una perenne actualidad.

Ahora bien, la plenitud y perfección ha de incluir, si quiere serlo de verdad, el orden sobrenatural. Y es en torno a esta visión sobrenatural que el padre Orlandis consideraba actual la idea de Cristo Rey.

El problema de nuestro tiempo y de nuestra generación es que creemos, muy erróneamente, que los problemas y males de nuestro tiempo se podrán resolver con ideas meramente racionales, con acciones salidas meramente de la humana voluntad, incluso de lo que se ha llamado una «buena voluntad». Frente a esta visión, hija del naturalismo, el padre Orlandis proclama en un artículo del año 1945: «esta es la necesidad más urgente de nuestro tiempo: sobrenaturalizarlo todo, incluso el Romano Pontífice». La visión sobrenatural la consideraba el padre Orlandis necesaria y no sólo actual sino urgente. Los tiempos se aceleran, los males avanzan rápidamente y el único dique que puede contenerlos es una visión total, es decir, sobrenatural, de los asuntos humanos. Una visión que considere la totalidad del problema del hombre. Esta visión, como decía Donoso Cortés, ha de ser necesariamente teológica. No hay

ninguna cuestión política trascendente que no sea una cuestión teológica.

Nuestra incomprensión de la importancia de este enfoque sobrenatural proviene en gran manera de que tenemos una visión errónea de la relación entre lo natural y lo sobrenatural. Creemos que lo meramente natural es lo propiamente real, identificando naturaleza y realidad. De donde venimos a considerar lo sobrenatural como algo ideal, en el falso sentido del término, como extraño, extrínseco y, en todo caso, añadido a lo real. Lo sobrenatural es «de otro mundo» y su acción se refiere a asuntos sobrehumanos, de un orden ajeno a lo humano. A lo más como algo que se añade sin modificar lo meramente natural.

Pero la verdad es muy diferente, pues la misma palabra indica que aunque procede de un orden superior lo sobrenatural se infunde en lo natural sobrenaturalizándolo. Así actúa la gracia sobre el hombre. Esta es la idea directriz de la comprensión de la teología que manifiesta santo Tomás de Aquino. Para un buen grupo de los que constituyen el equipo de redacción de nuestra revista el conocimiento y el seguimiento de la doctrina de santo Tomás ha sido opción fundamental hasta el punto de formar, bajo el magisterio del profesor Francisco Canals, un grupo de profesores universitarios conocido en todo el mundo como «la escuela tomista de Barcelona». Esta tarea, por cierto, sirve de testimonio de que un ideal puede ser realidad en las más adversas circunstancias si se mantiene la fidelidad a la verdad íntegra que el hombre necesita también en el plano intelectual.

La vida divina, aún siendo divina, es natural para Dios, porque es su misma naturaleza y nada hay por encima de Dios. Por tanto, propiamente hablando, sobrenatural se dice de aquello que, viniendo de Dios, se infunde en nuestra naturaleza y se hace una con ella. Siendo el fin del hombre, por dignación divina, sobrenatural, esto es, superior a su mera naturaleza de viviente racional, la plenitud de su realización ha

de incluir esta perspectiva sobrenatural. Esta perspectiva sobrenatural, esta realidad sobrenatural, provee al hombre —y en señalarlo radica la tarea de nuestra revista— de los dos factores que necesita.

Objetivamente hablando, todo el mundo estará de acuerdo en que un análisis y un juicio sobre el mundo, en concreto sobre el mundo moderno, ha de ser

realista. Si el análisis de una situación y el planteamiento de un problema no son realistas toda determinación y toda decisión estarán desviadas y toda acción será, por lo menos, ineficaz e incluso perjudicial en muchos casos. Ahora bien, ¿dónde hallar el análisis real del mundo moderno? ¿Cuál es el verdadero diagnóstico? Hay que decirlo claramente, tanto por razones teológicas como históricas: el análisis del mundo se contiene sólo en una visión del mundo

en tanto que visto por Dios. Ni la mera filosofía ni la mejor práctica política son capaces de entender el misterio a que se halla sometido el hombre y la sociedad. Sólo la mirada divina es objetivamente la plenamente real y verdadera. Tal había hecho Yahvé a través de los Profetas. Tal hizo Jesús en su vida mortal entre nosotros en su constante predicación. Nos dijo siempre y reiteradamente dónde estaba la realidad del hombre y de la sociedad. La visión sobrenatural, pues, es la única «realista».

Como muestra de ello, puede servir releer ahora un párrafo cualquiera del gran pontífice Pío XI en su encíclica *Quas primas*, de 1925, tal como lo hemos reproducido en la contraportada del último número de CRISTIANDAD. Allí se anunciaba la rotura de la paz doméstica y social con una precisión que humanamente parece increíble, pues escrita hace ya más de setenta y cinco años, parece escrita para la situación contemporánea.

Pero si esto es así objetivamente, hay que reconocer también que este análisis ha de ser eficaz subjetivamente, y una acción humana para ser eficaz ha de entusiasmar a sus ejecutores. Sin entu-



siasmo nadie realiza una acción. Puede haber una buena idea directriz e incluso una buena finalidad pero si falta esta condición humana que ha de ser una pasión dominante, no somos eficaces en nuestra acción. Y, en efecto, la visión sobrenatural y fundada en la palabra de Dios, a la vez que provee un juicio realista nos da también una solución completa que entusiasma por la grandeza de su solución y por la certeza de su cumplimiento. Ahora bien, es obvio que la experiencia enseña no haberse dado nunca a las soluciones meramente humanas este entusiasmo verdadero –y menos en la hora actual de generalizado y fundado escepticismo para los hombres más conscientes– pues es vana toda promesa humana, como lo prueba a diario la propaganda política. Por el contrario, la visión sobrenatural acerca del mundo va también acompañada de la promesa de la salvación tal como lo expresaron los pontífices, hablando precisamente de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Así Pío XI escribió en la encíclica *Miserentissimus Redemptor* que la institución de la fiesta de Cristo Rey «adelantaba el gozo de aquel día faustísimo, sólo de Dios conocido, en que todo el orbe, de corazón y de voluntad, se someterá al suavísimo imperio de Cristo Rey». Y lo mismo podemos leer en la declaración *Nostra aetate* del Concilio Vaticano II al hablar de la relación de la Iglesia católica con las religiones no cristianas: allí vemos recordado el plan total de Dios sobre la humanidad y la visión del triunfo según lo expresa el Apocalipsis de san Juan al tener la visión de la Jerusalén celestial que «baja del cielo» y está por tanto en la tierra. Lo mismo nos dice más adelante la misma declaración a propósito de la relación de la Iglesia con el pueblo judío, al citar al profeta Sofonías que expresa la certeza del triunfo final de Señor sobre todos los pueblos: «La Iglesia espera, junto con los Profetas y con el Apóstol, el día, sólo de Dios conocido, “en que todos los pueblos invocarán al Señor con una sola voz y le servirán como un solo hombre”» (Sof 3,9) (*Nostra aetate*, 4).

No se puede rebajar esta perspectiva de triunfo

so pena de abandonar por un falso realismo el ideal propuesto y aceptar los males presentes como «inevitables». Conformarse, en fin, a los criterios mundanos olvidando de raíz la separación tajante hecha por Cristo entre Él y el mundo. «Acomodarse» al mismo alegando que «los tiempos cambian» sin querer reconocer que el tiempo es lo único que no cambia. Que, en realidad, hemos cambiado nosotros al aceptar la falsa doctrina contra la que nos previno expresamente el Apóstol, hablando de los tiempos futuros en que los hombres no soportarán la verdadera doctrina y se buscarán aduladores según su gusto.

Falta responder todavía a una última objeción. Los tiempos están sin duda dirigidos por la Providencia divina, como nos decía hace un momento el señor Basil, uno de los redactores del primer número de *CRISTIANDAD*, nuestro decano en edad y que es el presidente honorario de *Schola Cordis Iesu* y de la Fundación *Orlandis*. Hay que prestar la mayor importancia a la anécdota que nos ha explicado acerca de los últimos días del padre *Orlandis*. Le preguntó Basil si las grandes dificultades de nuestro tiempo –era el año 1958– e incluso los silencios pontificios acerca de la gran importancia de la devoción al Corazón de Jesús y de su realeza social no debían ser interpretados como una «providencia permisiva» de Dios. Era tanto como decir que debíamos aceptar esta situación y quizá conformarnos con ella y a ella. El P. *Orlandis* se incorporó en su lecho y dijo: «quizá sí, pero nuestra obligación es rezar y luchar contra la providencia permisiva de Dios». Estas son palabras fuertes, pero son del todo propias de la Iglesia que ha de imitar a la Virgen María en las bodas de Caná de Galilea. Cuando la Virgen le dijo «no tienen vino», Jesús le contestó: «No ha llegado mi hora». Pues bien, sí fue la hora de aquel primer milagro. El papa actual nos propone en los nuevos misterios luminosos del rosario la consideración de este primer milagro como la «autorrevelación de Jesús». Es Jesús el que se manifiesta como Salvador pero es la Virgen María la que adelanta esta hora de salvación. Nuestra obligación es dirigirnos a Jesús como lo hizo su Madre, nuestra Madre.

Incurriría en un grave error el que negase a la humanidad de Cristo el poder real sobre todas y cada una de las realidades sociales y políticas del hombre, ya que Cristo como hombre ha recibido de su Padre un derecho absoluto sobre toda la creación, de tal manera que toda ella está sometida a su voluntad.

Pío XI, *Quas primas*, núm. 8

«Sólo la acción de la mano de Dios justifica este éxito»

Como conclusión del acto académico conmemorativo, nuestro director pronunció las siguientes palabras:

EN 1964, cuando la revista cumplía sus veinte años de vida, el entrañable Luis Creus Vidal escribió que CRISTIANDAD era una revista misteriosa. El misterio era su supervivencia, que le parecía humanamente inexplicable. Podríamos decir que la supuesta sorpresa de Creus era meramente retórica, porque a continuación confesaba su convencimiento de que sólo la acción de la mano de Dios protegiendo la obra del padre Orlandis explicaba aquella supervivencia. Aquel misterio lo podemos ampliar hasta nuestros días y hacerle abarcar estos sesenta años que hoy celebramos con gozo. Sólo la acción de la mano de Dios justifica este éxito.

No sería ahora oportuno hacer balance de las dificultades superadas, ni de los instrumentos de que se ha valido esta mano providencial para apartar los obstáculos que el enemigo ha puesto en el camino de CRISTIANDAD. Hemos de pensar que si Dios quiere que continúe es porque ha de seguir cumpliendo aquella consigna que dio el padre Orlandis pocos meses antes de su aparición, hace ahora sesenta años: CRISTIANDAD tenía que ser una comunicación seria pero no magistral de nuestra esperanza en el Reinado de Jesucristo. Así ha de ser: seria, que, como diría Chesterton, no se opone a divertida, sino a frívola, vacía; no magistral, que quiere decir humilde, sencilla, obediente al único Maestro; y al servicio de las esperanzas en el Reinado de Jesucristo, porque sólo en este Reinado tiene el mundo salvación.

Estos días contemplaba en la redacción el mue-

ble, a modo de panoplia, donde se exponen las revistas con las que CRISTIANDAD mantiene intercambio. CRISTIANDAD es distinta a todas. Alguna se le parece; incluso me atrevería a decir que CRISTIANDAD ha sido su inspiradora. ¡Bienvenidas! Pero, en estos sesenta años, ¡cuántas revistas han desaparecido de la panoplia, cuántas revistas nuevas sin contenido y, sobre todo, cuántas revistas que han traicionado sus orígenes.

Cuando el padre Orlandis anunciaba su propósito de publicar una revista titulada CRISTIANDAD, y con el contenido que expresa el ideal de este nombre, a algunos les pareció un proyecto sin porvenir: el tema daría sólo para unos cuantos números. Pero el tema es inagotable porque supone mirar la historia del hombre y su futuro a la luz del magisterio de la Iglesia, de manera particular el que se expresa en las exhortaciones a la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y en las grandes encíclicas sobre Cristo Rey de Pío XI, y este examen es urgente y perenne. En el artículo citado Creus decía: «Ante los tiempos duros que se avecinan: ¡qué responsabilidad la de negligir esta arma que es CRISTIANDAD!». Cuarenta años más tarde, esta responsabilidad es todavía mayor, más apremiante, si atendemos al estado del mundo y del hombre. Por eso, a quienes ahora nos toca hacer CRISTIANDAD no podemos hacer otra cosa que reafirmarnos en el propósito de continuar hasta que Dios lo quiera. ¡Que la Virgen y san José nos ayuden en este empeño!



Ramón Orlandis, S.I.

CONTRAPORTADA

María en los últimos tiempos

La salvación del mundo comenzó por medio de María y por medio de ella debe consumarse... en la segunda venida de Jesucristo, María tiene que ser conocida y puesta de manifiesto por el Espíritu Santo, a fin de que por ella Jesucristo sea conocido, amado y servido.

Dios quiere, pues, revelar y manifestar a María, la obra maestra de sus manos, en estos últimos tiempos.

a. porque ella se ocultó en este mundo y se colocó más baja que el polvo por su profunda humildad, habiendo alcanzado de Dios, de los Apóstoles y Evangelistas que no la dieran a conocer;

b. porque ella es la obra maestra de las manos de Dios, tanto en el orden de la gracia como en el de la gloria y él quiere ser glorificado y alabado en la tierra por los hombres;

c. porque ella es la aurora que precede y anuncia al Sol de Justicia, Jesucristo, y por lo mismo, debe ser conocida y manifestada, si queremos que Jesucristo lo sea;

d. porque ella es el camino por donde vino Jesucristo a nosotros la primera vez y lo será también cuando venga la segunda, aunque de modo diferente;

e. porque ella es el medio seguro y el camino directo e inmaculado para ir a Jesucristo y hallarlo perfectamente. Por ella deben resplandecer en santidad. Quien halla a María, halla la vida, es decir, a Jesucristo, que es el Camino, la Verdad y la Vida. Ahora bien, no se puede hallar a María sino se la busca, ni buscarla si no se la conoce, pues no se busca ni se desea lo que no se conoce. Es, por tanto, necesario que María sea mejor conocida que nunca, para mayor conocimiento y gloria de la Santísima Trinidad;

f. porque María debe resplandecer más que nunca en los últimos tiempos en misericordia, poder y gracia:

- en misericordia, para recoger y acoger amorosamente a los pobres pecadores y a los extraviados que se convertirán y volverán a la Iglesia católica;

- en poder, contra los enemigos de Dios, los idólatras, cismáticos, mahometanos, judíos e impíos endurecidos que se rebelarán terriblemente para seducir y hacer caer, con promesas y amenazas, a cuantos se les opongan;

- en gracia, finalmente, para animar y sostener a los valientes soldados y fieles servidores de Jesucristo, que combatirán por los intereses del Señor;

g. por último, porque María debe ser terrible al diablo y a sus secuaces «como un ejército en orden de batalla» sobre todo en estos últimos tiempos, porque el diablo, sabiendo que le queda poco tiempo y menos que nunca para perder a las gentes, redoblará cada día sus esfuerzos y ataques. De hecho, suscitará en breve crueles persecuciones y tenderá terribles emboscadas a los fieles servidores y verdaderos hijos de María, a quienes le cuesta vencer mucho más que a los demás.

SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT